

serie
Los siete mares

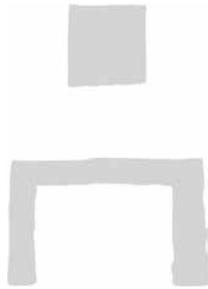
12
años

COLECCIÓN
Caminos del SUR

Jonathan Swift

Viaje de Gulliver a Lilíput

Ilustrado por Hanneke Wagenaar



Jonathan Swift

Viajes de Gulliver a Liliput

Ilustrado por Hanneke Wagenaar

© Jonathan Swift
© Fundación Editorial El perro y la rana, 2016 (digital)

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399.

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Facebook: Editorial perro rana
Twitter: @perroyranalibro

Diseño de la colección
Mónica Piscitelli

Ilustraciones
© Hanneke Wagenaar

Edición
Yanuva León

Corrección
José Jenaro Rueda

Diagramación
Maria Victoria Sosa M.

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal Ifi40220168001590
ISBN 978-980-14-3287-6



La redistribución, comercial y no comercial de la obra,
siempre y cuando se haga sin modificaciones y en su
totalidad, con crédito al creador.

Colección Caminos del Sur

Hay un universo maravilloso donde reinan el imaginario, la luz, el brillo de la sorpresa y la sonrisa espléndida. Todos venimos de ese territorio. En él la leche es tinta encantada que nos pinta bigotes como nubes líquidas; allí estuvimos seguros de que la luna es el planeta de ratones que juegan a comer montañas, descubrimos que una mancha en el mantel de pronto se convertía en caballo y que esconder los vegetales de las comidas raras de mamá, detrás de cualquier escaparate, era la batalla más riesgosa. Esta colección mira en los ojos de niños y niñas el brinco de la palabra, atrapa la imagen del sueño para hacer de ella caramelos y nos invita a viajar livianos de carga en busca de caminos que avanzan hacia realidades posibles.

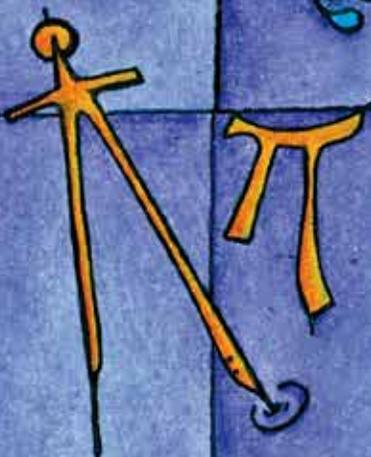
El gallo pelón es la serie que recoge tinta de autoras y autores venezolanos; el lugar en el que se escuchan voces trovadoras que relatan leyendas de espantos y aparecidos de nuestras tierras, la mitología de nuestros pueblos indígenas y todo canto inagotable de imágenes y ritmos.

Los siete mares es la serie que trae colores de todas las aguas; viene a nutrir la imaginación de nuestros niños y niñas con obras que han marcado la infancia de muchas generaciones en los cinco continentes.



$$\begin{aligned} T+c &= 8 \Rightarrow \\ n-n &= 1n/n \\ \sqrt{2}/\sqrt{3} \\ &\geq 10+c \\ \sum_{100}^{100} &= 0 \\ \sqrt{1} &= 1 \end{aligned}$$

$$\begin{aligned} h \cdot c \cdot d / (b+1) \\ \sqrt{1687131} \\ R \Delta C \\ \frac{1}{2} \pi r^2 \Rightarrow \text{cont.} \\ C = \pi r \\ \sqrt{a^2 + b^2} \\ a+b+c &= n \\ n \cdot m &= 3 \\ \frac{1}{2} \pi r^2 &= h \cdot a \end{aligned}$$



I

El autor hace un relato de su vida y cuenta cómo se aficionó a los viajes. Después de muchas aventuras llega a Liliput, en donde es hecho prisionero.

Mi padre poseía una pequeña finca en Nottinghamshire. Yo fui el tercero de cinco hijos. Cuando tenía catorce años, me mandó al Colegio Emanuel, de Cambridge. Residí allí tres años, completamente dedicado a mis estudios. Como los gastos que demandaba mi manutención eran muchos para sus reducidos ingresos, entré de aprendiz con el señor James Bates, eminente cirujano de Londres, con quien estuve cuatro años. Mi padre me enviaba pequeñas cantidades de dinero de vez en cuando. Con ellas fui aprendiendo la navegación y otras partes de las matemáticas, útiles para quien se propone viajar, como yo lo deseaba. Cuando dejé al señor Bates volví a casa de mi padre, donde, con su ayuda y la de mi tío Juan y algunos otros parientes,

conseguí cuarenta libras y la promesa de otras treinta anuales para mi mantenimiento en Leyden. Allí estudié Física durante dos años y siete meses, pues sabía que me sería útil en los largos viajes.

Poco tiempo después de mi regreso de Leyden, me recomendó mi buen maestro, el señor Bates, para que actuara como médico en el *Swallow*, al mando del capitán Abraham Pannell, con quien estuve tres años y medio e hice uno o dos viajes a Oriente y a otras regiones. Cuando regresé, decidí establecerme en Londres, a lo que me animó mi maestro, quien me recomendó a varios pacientes. Alquilé parte de una casita en Old Jewry; y como me aconsejaron que cambiara de estado, me casé con la señorita María Burton, segunda hija del señor Edmund Burton, vendedor de medias de la calle Newgate. Recibí cuatrocientas libras como dote de mi esposa.

Mi buen maestro Bates murió dos años después. Yo tenía pocos amigos y mi negocio comenzó a decaer, ya que mi conciencia me impedía imitar las malas prácticas de muchos colegas. En esta situación, después de consultar

con mi esposa y algunos de mis conocidos, decidí volver al mar. Actué como médico en dos barcos sucesivamente y durante seis años hice varios viajes a las Indias Orientales y Occidentales, lo que me permitió aumentar mi fortuna. Pasaba mis horas de ocio leyendo a los mejores autores antiguos y modernos, pues llevaba siempre conmigo muchos libros. Cuando estaba en tierra, estudiaba las costumbres y la índole de la población, y trataba de aprender su idioma, lo que me facilitaba mi buena memoria.

Como el último de esos viajes no fue muy afortunado, me cansé del mar y traté de quedarme en casa con mi esposa y mi familia. Me trasladé de Old Jewry a Fetter-Lane, y de allí a Wapping, con la esperanza de encontrar trabajo entre los marineros; pero no me salieron bien las cuentas. Después de esperar tres años a que cambiaran las cosas, acepté un ventajoso ofrecimiento del capitán William Pritchard, patrón del *Antílope*, que debía realizar un viaje a los Mares del Sur. El barco zarpó de Bristol el 4 de mayo de 1699, y la navegación fue muy favorable al principio.

No sería propio molestar al lector con los detalles de nuestras aventuras en aquellos mares. Baste con informarle de que, en nuestra travesía desde allí hasta las Indias Orientales, una fuerte tempestad nos llevó al noroeste de la Tierra de Van Diemen. Según nuestras observaciones, estábamos a los 30 grados y 2 minutos de latitud sur. Doce de nuestros tripulantes habían muerto a causa del trabajo excesivo y la mala alimentación, y los demás se hallaban muy débiles. El 5 de noviembre, que es el comienzo del verano en aquellas regiones, los marineros divisaron entre la espesa niebla una roca a medio cable de distancia del barco. El viento era tan fuerte, que lanzó directamente contra ella al navío y lo estrelló. Seis miembros de la tripulación, y yo entre ellos, arriamos un bote al agua y conseguimos apartarnos del barco que se hundía y de la roca. Remamos, según mis cálculos, unas tres leguas, hasta que nos fue imposible seguir adelante, pues estábamos ya agotados con el esfuerzo realizado en el barco. En consecuencia, nos entregamos a merced de las olas y al cabo de una media hora volcó al bote una súbita ráfaga del Norte.

No puedo decir qué fue de mis compañeros del bote, ni de los que se salvaron en la roca o se quedaron en el barco, pero supongo que perecieron todos. Por mi parte, nadé a la ventura, empujado por el viento y la marea. Con frecuencia hundía las piernas, sin poder tocar fondo; pero cuando estaba ya casi perdido e incapaz de seguir luchando, hice pie. Para entonces la tormenta había amainado mucho. El declive era tan pequeño que anduve más de mil metros para llegar a la playa, lo que hice, según mi cálculo, a eso de las ocho de la noche.

Seguí avanzando tierra adentro, pero no pude descubrir señal alguna de casas ni habitantes; por lo menos estaba tan débil que no los veía. Me hallaba extremadamente cansado, y con eso y lo caluroso del tiempo y la taza de coñac que había bebido al dejar el barco, sentía mucho sueño. Me tendí en la hierba, que era muy corta y suave, y dormí tan profundamente como no recuerdo haberlo hecho nunca en mi vida. Creo que fueron unas nueve horas, pues cuando desperté, amanecía. Traté de levantarme, pero no podía moverme. Estaba de espaldas y me encontré con los brazos y las

piernas fuertemente sujetos por ambos lados al suelo, y con el cabello, que era largo y espeso, atado de la misma manera. Igualmente sentí delgadas ligaduras cruzarme el cuerpo, desde las axilas hasta los muslos.

Solo podía mirar hacia arriba. El sol comenzaba a calentarse y la luz me hacía daño en los ojos. Oía a mi alrededor un rumor confuso, pero en la postura en que estaba únicamente podía ver el cielo. Un momento después sentí que algo vivo se movía en mi pierna izquierda y que, avanzando suavemente hacia mi pecho, me llegaba casi hasta la barbilla; dirigiendo la mirada hacia abajo todo lo que pude, vi que se trataba de una criatura humana de menos de quince centímetros de altura, con un arco y una flecha en las manos y el carcaj a la espalda. Entretanto, sentí que por lo menos otros cuarenta de la misma especie (según mis suposiciones) seguían al primero. Yo estaba sumamente asombrado y di un grito tan fuerte que todos huyeron asustados. Algunos, como me dijeron más tarde, se hirieron al saltar de mis costados a la tierra. Sin embargo, regresaron pronto y uno de ellos, que se atrevió a acercarse hasta que pudo mirarme de lleno a la

cara, levantando las manos y los ojos a manera de admiración, exclamó con voz chillona, pero clara: «Hekinah degul». Los otros repitieron las mismas palabras varias veces, pero entonces yo no sabía lo que significaban.

Durante todo ese tiempo, como supondrá lector, me sentí muy incómodo. Finalmente, esforzándome por soltarme, tuve la suerte de romper las cuerdas y arrancar las estacas que me sujetaban a tierra el brazo izquierdo y, al mismo tiempo, con un violento tirón que me dolió mucho, aflojé algo las cuerdas que me sujetaban el cabello por el lado, de modo que pude volver la cabeza unos cinco centímetros. Las criaturas huyeron por segunda vez antes de que pudiera atraparlas. Inmediatamente después se oyó un gran grito, en un tono muy agudo, y cuando cesó oí que uno de ellos gritaba fuertemente: «Tolgo phonac». Al instante sentí que disparaban más de cien flechas contra mi mano izquierda y me pinchaban como otras tantas agujas. También hicieron otra descarga al aire, como cuando se lanzan los cohetes en Europa, y supongo que muchas de esas flechas me cayeron en el cuerpo (aunque no las sentí), y

algunas en la cara, la cual me cubrí inmediatamente con la mano izquierda.

Cuando terminó esa lluvia de flechas me puse a gemir de pena y dolor, y luego, cuando hice un nuevo esfuerzo para soltarme, me lanzaron otra andanada mayor que la primera, y algunos de ellos trataron de pincharme los costados con sus alabardas; pero, por fortuna, yo tenía un chaleco de ante que no podían atravesar.

Creí que lo más prudente era quedarme quieto, y mi propósito era permanecer así hasta la noche, cuando, con la mano izquierda ya desatada, podría liberarme fácilmente; en cuanto a los habitantes, tenía razón en creer que podría enfrentarme al ejército que pudieran lanzar en mi contra, si todos eran del mismo tamaño que los que había visto. Pero el destino dispuso que las cosas sucedieran de otro modo.

Cuando la gente observó que permanecía quieto no me disparó más flechas, pero por el ruido me di cuenta de que aumentaba su número, y a unos cuatro metros de mí, nuevamente por el lado izquierdo, oí durante más de una hora un golpear como de gente que trabajaba. Volviendo la cabeza

hacia allá todo lo que me permitían las cuerdas, vi un tablado levantado a unos cuarenta y cinco centímetros de la tierra, capaz de contener a cuatro de los habitantes, y con dos o tres escaleras de mano para subir a él. Desde este tablado uno de ellos, que parecía una persona principal, me pronunció un largo discurso del que no entendí una sílaba.

Pero olvidaba mencionar que antes de que esa persona iniciara su discurso, gritó tres veces: «Langro dehul san», (luego me repitieron y explicaron esas palabras y las anteriores). Inmediatamente después, unos cincuenta habitantes se me acercaron y cortaron las cuerdas que sujetaban el lado izquierdo de la cabeza, lo que permitió volverme hacia la derecha y observar la persona y los gestos del que iba a hablar. Era de edad madura y más alto que los otros tres que lo acompañaban, uno de los cuales era un paje que le sustentaba la cola del manto, que parecía ser algo más larga que mi dedo del corazón; los otros dos se hallaban uno a cada lado de él, para escoltarlo. Actuaba como un verdadero orador y pude advertir en su discurso algunas partes de amenaza y otras de promesa, compasión y bondad.

Contesté en pocas palabras, pero de la manera más sumisa, levantando la mano izquierda y los ojos hacia el sol, como tomándolo por testigo. Como estaba casi muerto de hambre, pues no había comido un bocado desde horas antes de dejar el barco, necesitaba comer y no pude dejar de mostrar mi impaciencia (quizá violando las estrictas reglas de la educación) y me llevé el dedo frecuentemente a la boca, para dar a entender que necesitaba alimento. El Hurgo (pues así llaman ellos a un gran señor, como supe más tarde) me comprendió muy bien. Bajó del tablado y ordenó que colocaran varias escaleras a mis costados. Un centenar de hombrecillos subieron por ellas y se acercaron a mi boca, cargados con cestas llenas de carne, dispuestas y enviadas allí por orden del rey. Observé que había carne de varios animales, pero no pude distinguirla por el sabor. Había perniles, piernas y lomos, que parecían de carnero, pero más pequeños que las alas de una alondra. Comí dos o tres en cada bocado y tomé de una vez tres panecillos que tenían aproximadamente el tamaño de las balas de fusil. Me

dieron de comer todo lo que pudieron, con mil muestras de admiración y asombro por mi tamaño y apetito.

Hice luego otra seña indicando que deseaba beber. Por mi modo de comer juzgaron que no me bastaría una pequeña cantidad, y como era gente muy ingeniosa, subieron con gran destreza uno de sus mayores toneles, lo hicieron rodar hasta mi mano y lo destaparon para que bebiera. Lo hice rápidamente, pues no contenía más de un cuarto de litro, y sabía como un vinillo de Borgoña, aunque era mucho menos delicioso. Me trajeron un segundo tonel, que bebí de un trago, e hice señas pidiendo más, pero ya no les quedaba ninguno.

Cuando realicé esas maravillas se pusieron a gritar de alegría y a bailar sobre mi pecho, repitiendo varias veces, como al principio: «Hekinah degul». Me hicieron señas para que echase abajo los dos toneles, pero primeramente advirtieron a la gente que se apartara, gritándole: «Borach mevola». Cuando vieron los toneles en el aire se oyó un grito general de «Hekinah degul». Confieso que sentí con frecuencia la tentación, mientras andaban paseándose arriba y abajo

por mi cuerpo, de coger a cuarenta o cincuenta de los primeros que se pusieran a mi alcance y aplastarlos contra el suelo. Pero el recuerdo de lo que había sufrido y que probablemente no era lo peor que podían hacerme, y la promesa de honor que les había hecho, disiparon esas ideas. Además, me consideraba ya ligado por las leyes de la hospitalidad a una gente que me había tratado con tanta esplendidez y magnificencia. Sin embargo, para mis adentros, no podía dejar de admirar la intrepidez de aquellos mortales diminutos que se atrevían a subirse a mi cuerpo y pasearse por él, teniendo yo libre una de mis manos, sin temblar a la vista de una criatura tan inmensa como yo debía parecerles.

Luego de un rato, cuando observaron que ya no pedía más de comer, se presentó ante mí una persona de alta jerarquía, en nombre de Su Majestad Imperial. Su Excelencia subió por la canilla de mi pierna izquierda y avanzó hasta mi cara con una docena de miembros de su comitiva, y sacando sus credenciales con el sello real, que me colocó junto a los ojos, habló durante unos diez minutos, sin señales de enojo, pero con una especie de firme resolución. Apuntando

con frecuencia hacia adelante, según descubrí más tarde, hacia la ciudad capital, situada a unos novecientos metros de distancia, adonde Su Majestad había decidido que fuera llevado. Respondí en pocas palabras, pero inútilmente, y con la mano libre señalé la otra (pero por sobre la cabeza de Su Excelencia, por temor a hacerle daño a él o a su séquito) y luego mi cabeza y mi cuerpo, dando a entender que deseaba la libertad.

Pareció comprenderme bastante bien, pues movió la cabeza a manera de desaprobación y colocó su mano de modo que me daba a entender que debía ser llevado como prisionero. Sin embargo, hizo otras señas para hacerme comprender que contaría con comida y bebida suficientes y un tratamiento muy bueno. Después de lo cual traté una vez más de romper las ligaduras, pero nuevamente, cuando sentí el aguijón de las flechas en el rostro y las manos que tenía llenas de ampollas, viendo que seguían clavándome en ellas muchos dardos y observando igualmente que el número de mis enemigos aumentaba, hice señas dándoles a entender que

podían hacer conmigo lo que quisieran. Entonces el Hurgo y su séquito se retiraron con mucha cortesía y aspecto alegre.

Oí después una algarabía general, con frecuente repetición de las palabras *Peplom sefan*, y sentí que a mi izquierda gran número de personas aflojaba las cuerdas hasta tal punto que pude volverme hacia la derecha. Pero antes me untaron la cara y las manos con una especie de unguento de olor muy agradable, que en pocos minutos me quitó todo el malestar causado por las flechas. Estas circunstancias, más la satisfacción que me habían proporcionado sus alimentos y bebidas, que eran muy nutritivos, me hicieron dormir. Dormí durante unas ocho horas, según me aseguraron luego, y no es de extrañar, pues los médicos, por orden del emperador, habían puesto una poción narcótica en los toneles de vino.

Según parece, en el momento mismo en que me encontraron durmiendo en la tierra después del naufragio, el emperador fue informado de ello inmediatamente por medio de un mensajero, y decidió en consejo que fuera atado de la manera que he contado (lo que hicieron por la noche mientras

dormía), que me enviaran comida y bebida en abundancia y que prepararan un vehículo para llevarme a la capital.

Esta decisión puede parecer, quizás, muy temeraria y peligrosa, y estoy seguro de que no sería imitada por ningún príncipe de Europa en un caso similar. Sin embargo, en mi opinión fue extremadamente prudente, así como generosa; pues suponiendo que esa gente hubiese tratado de matarme con sus lanzas y flechas mientras dormía, yo me habría despertado seguramente al sentir el primer dolor, lo que habría provocado mi ira y mi fuerza hasta el punto de poder romper las cuerdas con que estaba sujeto. Luego, como ellos no eran capaces de oponer resistencia, no habrían podido esperar merced.

Estas personas son muy buenos matemáticos y han alcanzado un notable desarrollo en las artes mecánicas, gracias al apoyo y al estímulo del emperador, que es un gran protector de la cultura. Este príncipe tenía varios vehículos con ruedas para el transporte de árboles y otras grandes cargas. Con frecuencia construyen sus mayores buques de guerra, algunos de los cuales tienen tres metros de longitud, en

los bosques en que se produce la madera, y luego los hacen llevar en estos grandes carros a lo largo de trescientos o cuatrocientos metros hasta el mar.

Quinientos carpinteros e ingenieros se pusieron a trabajar inmediatamente para fabricar la mayor de las máquinas que habían construido hasta entonces. Consistía en un armazón de madera de unos dos metros de longitud y uno aproximadamente de ancho, y se movía sobre cuarenta y dos ruedas. Los gritos que había oído eran a causa de la llegada de esa máquina, la que, según parece, había iniciado la marcha cuatro horas después de haber llegado yo a la costa. La colocaron paralela a mí en el lugar en que estaba tendido.

Pero la mayor dificultad sería levantarme y colocarme en ese vehículo. Ochenta vigas, cada una de cincuenta centímetros de altura, fueron erigidas con ese propósito, y cuerdas muy fuertes, gruesas como bramantes, fueron sujetas con garfios a numerosas fajas que los obreros me habían colocado alrededor del cuello, las manos, el cuerpo y las piernas. Novecientos de los hombres más fuertes tiraron de esas cuerdas por medio de poleas sujetas a las vigas, y así, en menos de

tres horas, me levantaron y colocaron sobre la máquina, a la que me ataron fuertemente.

Esto me lo contaron luego, pues mientras se realizaba la operación yo dormía profundamente, gracias al soporífero que me habían puesto en el vino. Mil quinientos de los mayores caballos del emperador, cada uno de ellos de unos diez centímetros de altura, fueron empleados para llevarme hasta la metrópoli que, como ya he dicho, estaba a ochocientos metros de distancia.

Cuatro horas después de haber iniciado nuestro viaje me despertó un accidente muy ridículo. Habiéndose detenido el vehículo un instante para arreglar algo que no andaba bien, dos o tres de los jóvenes sintieron la curiosidad de ver qué aspecto tenía yo dormido. Subieron a la máquina y avanzaron sigilosamente hasta mi cara. Uno de ellos, oficial de la guardia, me introdujo la punta afilada de su espada en la ventanilla izquierda de la nariz, lo que me hizo cosquillas como si fuese una paja y me obligó a estornudar con violencia, ante lo cual se escabulleron sin ser vistos y solo tres semanas después supe la causa de haberme despertado tan repentinamente.

Hicimos una larga marcha durante el resto del día y permanecí toda la noche con quinientos guardias a cada lado, la mitad de ellos con antorchas y la otra mitad con arcos y flechas, dispuestos a disparar si me movía. A la mañana siguiente, al salir el sol, seguimos nuestro camino. Hacia el mediodía llegamos a doscientos metros de las puertas de la ciudad.

El emperador y toda su corte salieron a recibirnos, pero sus altos funcionarios no consintieron que Su Majestad pusiera en peligro su persona subiéndose a mi cuerpo. Junto al lugar en que se detuvo el vehículo había un antiguo templo, considerado como el mayor del reino y que, habiendo sido profanado algunos años antes por un asesinato, era considerado profano por el celo religioso de aquella gente. A la fecha estaba destinado a usos comunes y habían sacado de él todos los ornamentos y muebles. Decidieron que me alojase en ese edificio.

La gran puerta que daba al norte tenía poco más de un metro de altura y casi sesenta centímetros de anchura, por lo que pude pasar por ella fácilmente. A cada lado de la puerta

había una ventanita, a no más de quince centímetros del suelo. Por la del lado izquierdo, el herrero del rey introdujo noventa y una cadenas como las que cuelgan de un reloj de señora en Europa y casi del mismo tamaño, y las ataron a mi pierna izquierda con treinta y seis candados. Frente a ese templo, al otro lado de la gran carretera, a siete metros de distancia, había una torrecilla de por lo menos metro y medio de altura. El emperador subió a ella con muchos de los principales nobles de su corte, para tener la oportunidad de verme, según me dijeron, pues yo no podía verlos. Se estimó que más de cien mil habitantes habían salido de la ciudad con el mismo propósito y, a pesar de mis guardias, creo que no fueron menos de diez mil los que, en varias oportunidades, subieron a mi cuerpo con ayuda de escaleras. Pero pronto se publicó un edicto prohibiendo esto bajo pena de muerte.

Cuando los obreros creyeron que ya no era posible que me soltara, cortaron todas las cuerdas que me ligaban; acto seguido me levanté en el estado de ánimo más triste que sentí nunca en mi vida. Pero el ruido y el asombro de la gente al

verme levantar y caminar no pueden describirse. Las cadenas que me sujetaban la pierna izquierda tenían unos dos metros de longitud y no solo me permitían caminar hacia atrás y adelante en semicírculo, sino que también, como estaban atadas a unos diez centímetros de la puerta, entrar por ella y tenderme a lo largo dentro del templo.



II

El emperador de Liliput, acompañado por varios miembros de la nobleza, va a ver al autor en su cautiverio. Los mejores sabios son designados para que enseñen al autor el idioma del país. El prisionero conquista el aprecio de la corte por sus buenos modales. Registran sus bolsillos y le quitan la espada y las pistolas.

Cuando me encontré de pie miré a mi alrededor; debo confesar que nunca contemplé un panorama más agradable. Todo el país parecía un jardín continuo, y los campos cercados, que eran, en general, de doce metros cuadrados, se asemejaban a otros tantos macizos de flores. Alternaban con esos campos bosques de unos cinco metros, y los árboles más altos, por lo que podía juzgar, parecían tener unos tres metros de altura. A mi izquierda vi la ciudad, que parecía la decoración pintada de una ciudad en el teatro. Vi que el emperador había descendido de la torre y avanzaba en su caballo hacia mí, lo que estuvo a punto de costarle caro, pues

el animal, aunque muy bien amaestrado, no estaba acostumbrado a ver lo que le pareció, sin duda, una montaña que se movía ante él, y se encabritó. El príncipe, que era un jinete excelente, se mantuvo en la silla hasta que sus ayudantes acudieron presurosos a tenerle las riendas mientras Su Majestad se apeaba. Una vez desmontado, dio vuelta a mi alrededor contemplándome con gran admiración, pero manteniéndose fuera del alcance de mi cadena.

Ordenó a sus cocineros, ya preparados, que me dieran alimentos y bebidas, que empujaron hacia adelante en vehículos con ruedas hasta que quedaron a mi alcance. Yo tomé esos vehículos y pronto los vacié todos. Veinte estaban llenos de carne y los otros diez de licor. Cada uno de los primeros me proporcionó dos o tres bocados. Bebí el licor de diez barriles contenido en uno de los vehículos. Lo mismo hice con los demás.

La emperatriz y los jóvenes príncipes de ambos sexos, acompañados por muchas damas, se hallaban a alguna distancia en sus cabalgaduras, pero al ver el accidente ocurrido al caballo del emperador, se apearon y se acercaron

a éste, cuya persona voy a describir. Es como del ancho de mi uña, más alto que cualquiera de los miembros de su corte, lo que por sí solo es suficiente para infundir un temor reverente a sus súbditos. Sus facciones son recias y masculinas, la piel aceitunada, el cuerpo erguido y los miembros bien proporcionados. Sus movimientos graciosos y el porte majestuoso. Era joven; tenía veintiocho años aproximadamente y había reinado durante siete años con gran felicidad y, por lo general, fue victorioso en la guerra.

Para contemplarlo mejor me tendí de lado, de modo que mi cara quedaba paralela a la suya, a unos tres metros de distancia. Después lo tuve muchas veces en la mano, por lo que no puedo engañarme en su descripción. Su traje era muy común y sencillo, de hechura entre asiática y europea, pero llevaba en la cabeza un ligero yelmo de oro adornado con joyas, y un penacho de pluma en la cimera. Tenía en la mano la espada desenvainada, para defenderse en el caso de que yo me soltara. Su espada era de unos ocho centímetros de longitud, el puño y la vaina de oro, enriquecidos con diamantes. Su voz era aguda, pero muy clara y articulada, y yo apenas podía oírla cuando estaba de pie.

Las damas y los cortesanos vestían con la mayor elegancia, y sus figuras se veían como bordadas en oro y plata. Su Majestad Imperial me hablaba con frecuencia y yo le contestaba, pero ninguno de los dos entendía una sílaba de lo que decía el otro. Estaban presentes algunos de sus preladados y legisladores (según colegí por sus ropas) a los que habían ordenado que se presentaran. Aunque les hablé en todos los idiomas que conocía bien o mal, entre ellos el alto y bajo alemán, el francés, el latín, el español, el italiano y la lengua franca, no conseguí que me entendieran.

Unas dos horas después se retiró la corte y me dejaron con una fuerte guardia, para evitar la impertinencia y probablemente la maldad de la plebe, que se mostraba muy impaciente por acercármese todo lo que le permitía su temor. Algunos cometieron la imprudencia de dispararme sus flechas cuando estaba sentado en la tierra junto a la puerta de mi casa; una de ellas casi me dio en el ojo izquierdo. Pero el coronel ordenó detener a seis de los cabecillas y creyó que ningún castigo era tan apropiado como ponerlos atados en mis manos, lo que hicieron, en efecto, algunos de los

soldados, empujándolos hacia adelante con los extremos de las lanzas, hasta que estuvieron a mi alcance. Los tomé a todos con la mano derecha, metí a cinco en el bolsillo de mi casaca, y en cuanto al sexto hice como si fuera a comérmelo vivo. El pobre hombre gritó terriblemente y el coronel y los oficiales se afligieron mucho, sobre todo cuando me vieron sacar el cortaplumas. Pronto los tranquilicé, pues mirándolo con indulgencia y cortando inmediatamente las cuerdas con que estaba atado, lo dejé suavemente en el suelo, y echó a correr. Lo mismo hice con los demás, sacándolos uno a uno del bolsillo, y observé que tanto los soldados como el pueblo se mostraban muy complacidos por esta muestra de clemencia, de la que se habló en la corte en provecho mío.

Por la noche encontré algo incómoda mi casa. Tuve que tenderme en la tierra, y seguí haciendo eso durante quince días, hasta que el emperador dio la orden de que me hicieran una cama. Seiscientas camas del tamaño corriente fueron llevadas en vehículos a mi casa, donde las armaron. Ciento cincuenta de esas camas, unidas unas a otras, daban la anchura y longitud de mi lecho. Aunque fueron colocadas en

cuatro capas, su espesor era tan escaso, que siempre sentía la dureza del suelo, que era de piedra pulida. Haciendo el mismo cálculo me proporcionaron sábanas, mantas y colchas, bastante tolerables para quien había sufrido tantas penalidades.

A medida que la noticia de mi llegada se difundía por todo el reino, llegaba a verme un número tan elevado de personas ricas, desocupadas y curiosas, que las aldeas quedaban casi vacías. Se habría producido un gran abandono de las tareas agrícolas y domésticas, si Su Majestad Imperial no hubiera evitado ese inconveniente mediante varios edictos y decretos. Ordenó que los que ya me habían visto volvieran a sus casas y no se acercaran a cincuenta metros de la mía sin permiso de la corte, con lo cual los ministros del Gobierno obtuvieron considerables beneficios.

Entretanto, el emperador realizaba frecuentes consejos para discutir lo que debería hacerse conmigo, y más tarde me aseguró un amigo, persona de gran calidad que conocía los secretos de Estado, que la corte tuvo que hacer frente a muchas dificultades por mi causa. Temían que me soltara, que

mi alimentación fuese muy costosa y pudiera causar hambre al pueblo. A veces decidían matarme de hambre, o por lo menos dispararme a la cara y a las manos flechas envenenadas que terminaran conmigo enseguida, pero luego pensaban que el hedor de un cadáver tan grande podía producir una peste en la capital y probablemente extenderse a todo el reino.

En medio de esas consultas, varios oficiales del ejército llegaron a la puerta de la gran cámara del Consejo, y dos de ellos informaron de mi conducta con los seis aventureros que me atacaron, lo que produjo una impresión tan favorable para mí en el corazón de Su Majestad y de toda la corte, que se envió una comisión imperial para obligar a todas las aldeas situadas a novecientos metros alrededor de la ciudad a entregar todas las mañanas seis vacas, cuarenta ovejas y otras vituallas para mi subsistencia, junto con una cantidad proporcionada de pan, vino y otras bebidas. Para pagar, Su Majestad entregaba asignaciones pagaderas por su tesoro, pues este príncipe vive sobre todo del producto de sus tierras y raras veces, salvo en las grandes ocasiones, exige tributos a

sus súbditos, que tienen, eso sí, que ayudarlo en las guerras a sus propias expensas. Pusieron también a mi servicio a seiscientas personas, que contaban con salario para su mantenimiento y tiendas de campaña levantadas para ellos a cada lado de mi puerta.

Se ordenó también que trescientos sastres me hicieran un juego de ropas al estilo del país. Seis de los académicos más cultos del reino me enseñaron su idioma y, finalmente, los caballos del emperador y los de la nobleza y los guardias fueron adiestrados con frecuencia ante mi vista para que se acostumbraran a verme. Todas esas órdenes fueron ejecutadas debidamente, y en el término de unas tres semanas hice grandes progresos en el estudio del idioma. Durante ese tiempo el emperador me honró frecuentemente con sus visitas y se complacía en ayudar a mis maestros a enseñarme.

Empezamos ya a conversar y las primeras palabras que aprendí fueron para expresar mi deseo de que tuviera la bondad de concederme la libertad, lo que repetía todos los días de rodillas. Su respuesta, por lo que pude entender, fue que eso sería una cuestión de tiempo, que no había que pensar en

ello sin la decisión de su Consejo y que antes yo debía *Lumos kelmin pesso desmar lon Emposo*, es decir, jurar la paz con él y su reino. Sin embargo, yo sería tratado con toda bondad y me aconsejó que conquistara, con mi paciencia y mi conducta discreta, su buen aprecio y el de sus súbditos.

Me rogó que no tomara a mal si daba la orden de que algunos funcionarios me registraran para hacer un inventario de mis pertenencias, pues, probablemente, llevaba conmigo varias armas que debían ser necesariamente peligrosas si correspondían al tamaño de una persona tan grande. Dije que Su Majestad sería satisfecha, pues estaba dispuesto a desnudarme y a vaciar mis bolsillos en su presencia. Esto lo di a entender con palabras y en parte con señas. Contestó que, de acuerdo con las leyes del reino, debían registrarme dos de sus funcionarios, que sabía que eso no se podía hacer sin mi consentimiento y ayuda, que tenía de mi generosidad y mi honorabilidad una opinión lo bastante buena como para poner a esos funcionarios en mis manos, y que todo lo que me quitaran me sería devuelto cuando dejara el país o se pagara el precio que yo quisiera ponerle.

Tomé a los funcionarios en mis manos, los coloqué en los bolsillos de mi casaca, y luego en todos los demás que tenía, excepto en las dos faltriqueras y en otro bolsillo secreto que no quise que me registraran y en el que guardaba algunos pequeños objetos de uso personal que solo tenían importancia para mí. En una de mis faltriqueras llevaba un reloj de plata y en la otra una pequeña cantidad de oro en una bolsa. Aquellos caballeros, provistos de pluma, tinta y papel, hicieron un inventario exacto de todo lo que vieron, y cuando terminaron me pidieron que los bajara para ir a entregárselo al emperador. Más tarde traduje al inglés ese inventario, que dice literalmente lo siguiente:

«*Imprimis*. En el bolsillo derecho de la casaca del Gran Hombre-Montaña (que así interpretó el *Quinbus Flestrin*), después de un estricto registro, encontramos solo una gran pieza de tela ordinaria, lo bastante grande para que pudiera servir de alfombra en la gran sala del trono de Vuestra Majestad. En el bolsillo izquierdo vimos una gigantesca arca de plata con tapa del mismo metal, y que nosotros, los registradores, no pudimos levantar.

Le pedimos que la abriera, y uno de nosotros se metió en ella y se encontró hundido hasta más arriba de las rodillas en una especie de polvo, parte del cual voló hacia nuestras caras y nos hizo estornudar varias veces. En el bolsillo derecho de su chaleco encontramos un enorme paquete de substancias blancas y delgadas, dobladas unas sobre otras, del tamaño aproximado de tres hombres, atado con un fuerte cable y marco con cifras negras, que nosotros, humildemente, suponemos son escritos, cada una de cuyas letras tenía casi la mitad del tamaño de la palma de nuestras manos. En el izquierdo había una especie de máquina, de la parte trasera de la cual se elevaban veinte largas varas, parecidas a las empalizadas que hay ante el palacio de Vuestra Majestad, con lo cual conjeturamos que el Hombre-Montaña se peina la cabeza, pues no siempre quisimos molestarle con nuestras preguntas, ya que teníamos grandes dificultades para entendernos.

»En el gran bolsillo de la derecha de su cubierta media (así traduzco la palabra *Ranfu-lo* con que designaban mis

pantalones) vimos una columna de hierro, hueca, de la altura aproximada de un hombre, sujeta a un fuerte trozo de madera mayor que la columna; y de un lado de la columna salían grandes trozos de hierro, de extrañas formas, que no sabemos para qué sirven. En el bolsillo izquierdo había otra máquina de la misma clase. En el bolsillo más pequeño de la derecha había varias piezas redondas y planas de metal blanco y rojo de diferentes tamaños; algunas de las blancas parecían ser de plata; eran tan grandes y pesadas que apenas pudimos levantarlas con mi compañero. En el bolsillo izquierdo había dos columnas negras de forma irregular; con dificultad alcanzábamos a su extremo superior desde el fondo del bolsillo. Una de ellas estaba tapada y parecía de una pieza, pero en la parte alta de la otra aparecía un objeto redondo y blanco de unas dos veces el tamaño de nuestra cabeza. Dentro de cada una estaba encerrada una enorme plancha de acero que, por orden nuestra, tuvo que mostrarnos el Hombre-Montaña, pues temíamos que fueran máquinas peligrosas. Las sacó de sus cajas y nos dijo que en su país tenían por costumbre afeitarse la barba con una de

ellas y cortar la carne con la otra. Había dos bolsillos en los que no pudimos entrar: los llamaba sus faltriqueras y eran dos grandes ranuras abiertas en la parte superior de su media cubierta, pero que mantenían cerradas la presión de su cuerpo.

»Del de la derecha colgaba una gran cadena de plata, con una maravillosa especie de máquina en el extremo. Le ordenamos que sacara todo lo que estaba unido a esa cadena. Resultó ser una esfera, la mitad de plata y la otra mitad de un metal transparente; en el lado transparente vimos ciertas cifras extrañas dibujadas en círculo, y creímos que podíamos tocarlas, pero nuestros dedos tropezaron con aquella sustancia diáfana. Aplicó a nuestros oídos su máquina, que producía un ruido incesante, como el de un molino de agua. Y suponemos que es un animal desconocido o el dios que él adora; nos inclinamos más a la última opinión, pues nos aseguró (si le entendimos bien, ya que se expresaba muy imperfectamente) que rara vez hacía algo sin consultarlo. Lo llamaba su oráculo y dijo que indica el momento para cada uno de los actos de su vida. De la faltriquera izquierda sacó una red casi lo bastante grande para un pescador, pero que se

abría y cerraba como una bolsa; le servía para el mismo uso. Dentro encontramos varias piezas macizas de metal amarillo; si fueran verdaderamente de oro tendrían un inmenso valor.

»Habiendo así obedecido las órdenes de Su Majestad, registrado diligentemente todos sus bolsillos, observamos alrededor de su cintura un cinturón hecho con la piel de algún animal prodigioso y del cual, por el lado izquierdo, colgaba una espada de la longitud de cinco hombres, y por el derecho un talego o bolsa.

»Éste es un inventario exacto de lo que encontramos en el cuerpo del Hombre-Montaña, quien trató con gran cortesía y el debido respeto a la comisión de Su Majestad. Firmado y sellado en el cuarto día de la octogésima novena luna del próspero reinado de Vuestra Majestad.

Clefrin Frelock, Marsi Frelock».

Cuando leyeron este inventario al emperador, me ordenó, en términos muy amables, que entregase los diversos

objetos. Me pidió primero la espada, que me quitó con vaina y todo. Entretanto, ordenó que tres mil hombres de sus tropas más escogidas (que me daban escolta) me rodearan a distancia, con sus arcos y flechas listos para disparar, pero no me di cuenta de eso, pues tenía la vista fija en Su Majestad. Después manifestó su deseo de que desenvainase la espada, la que, aunque estaba algo enmohecida por el agua de mar, brillaba mucho. Lo hice así e inmediatamente todos los soldados lanzaron un de entre terror y sorpresa, pues el sol brillaba con fuerza y los deslumbró el reflejo al blandirla en la mano. Su Majestad, que es un príncipe sumamente valiente, se atemorizó menos de lo que yo podía esperar; me ordenó que volviera a envainar la espada y la dejara en tierra lo más suavemente que pudiera, a unos dos metros de distancia del extremo de mi cadena. Luego me pidió una de las columnas de hierro huecas, como llamaban a mis pistolas. Las saqué y, conforme a su deseo, le expliqué su uso lo mejor que pude. Las cargué solamente con pólvora, la cual, gracias a lo bien cerrada que estaba mi bolsa, no se había mojado en el mar (inconveniente contra el cual tienen la costumbre de

precaverse todos los marinos prudentes). Advertí al emperador que no se asustara y luego las disparé al aire. El asombro que mostraron fue mucho mayor que al ver la espada. Centenares de ellos cayeron como si hubieran sido heridos de muerte y hasta el emperador, aunque se mantuvo firme, no pudo recobrase por un rato.

Entregué las dos pistolas de la misma manera como había entregado la espada, y luego la bolsa de la pólvora y las balas, previniéndole que pusiese la primera lejos del fuego, pues podía inflamarse con la chispa más pequeña y hacer volar por los aires su palacio imperial.

Entregué igualmente el reloj. El emperador sentía gran curiosidad por verlo y ordenó a dos de los alabarderos más corpulentos de su guardia que lo llevaran en una pértiga sobre sus hombros, como hacen los carreteros de Inglaterra con los barriles de cerveza. Le asombró el continuo ruido que hacía y el movimiento del minuterio, que podía ver fácilmente (puesto que su vista es mucho más aguda que la nuestra) y preguntó las opiniones de los hombres sabios que lo rodeaban, que fueron variadas y contradictorias, aunque en

realidad no pude comprenderlas muy bien. Luego entregué las monedas de plata y de cobre, la bolsa con nueve grandes piezas de oro y algunas más pequeñas, el cuchillo y la navaja de afeitar, el peine y la tabaquera de plata, el pañuelo y el libro diario.

La espada, las pistolas y la bolsa fueron llevadas en vehículos a los almacenes de Su Majestad, pero me devolvieron el resto de mis propiedades. Como indiqué antes, yo tenía un bolsillo secreto que escapó al registro y en el que guardaba unas gafas (que uso a veces a causa de la debilidad de mi vista), un antejo de bolsillo y otros pequeños objetos que no me creía en la obligación de descubrir y temía que se perdieran o estropearan si me desprendía de ellos.

III

El autor divierte al emperador y a la corte de una manera muy extraordinaria. Descripción de las diversiones de la corte de Liliput. Se asegura la libertad del autor, bajo ciertas condiciones.

Mi cordialidad e intachable comportamiento habían causado tan buena impresión en el emperador, su corte, el ejército y la población en general, que comencé a concebir esperanzas de lograr la libertad en corto plazo. Poco a poco los habitantes fueron dejando de considerarme peligroso. A veces me recostaba y dejaba que cinco o seis de ellos bailaran en mi mano, y hasta los chicos y las chicas se aventuraban a jugar al escondite en mi cabellera.

Había progresado mucho en el conocimiento y el empleo de su idioma. Al emperador se le ocurrió un día agasajarme con algunos de los espectáculos del país, en los que superan a todas las naciones que conozco, por su destreza así como por su magnificencia. Ninguno me divirtió tanto

como el de los equilibristas, ejecutando sus arriesgadas proezas sobre un delgado hilo blanco, tendido en una extensión de unos sesenta centímetros a unos treinta del suelo. Acerca de este espectáculo quiero tomarme la libertad de extenderme un poco.

Solo practican esta diversión las personas que son candidatas a los altos cargos y al gran favor de la corte. Se las adiestra en este arte desde su juventud, y no siempre son de noble cuna y de educación elevada. Cuando queda vacante un alto puesto, sea por fallecimiento o por haber caído en desgracia el titular (lo que sucede a menudo), cinco o seis de esos candidatos piden al emperador permiso para entrete-ner a Su Majestad y a la corte con un baile en la cuerda, y quien salta a mayor altura sin caerse consigue el puesto. Con mucha frecuencia se ordena a los ministros principales que muestren su habilidad y convenzan al emperador de que no han perdido sus facultades. Flimnap, el tesorero, hace en la cuerda floja, según es fama, una voltereta por lo menos dos centímetros y medio más alta que cualquier otro señor del imperio. Yo le vi dar el salto mortal varias veces seguidas

sobre un pequeño disco de madera sujeto a la cuerda, que no es más gruesa que un bramante corriente de Inglaterra. Mi amigo Reldresal, secretario de asuntos privados, es en mi opinión, si no soy parcial, el que sigue al tesorero. El resto de los altos funcionarios son bastante parejos entre sí.

Estas diversiones van frecuentemente acompañadas con accidentes fatales, muchos de los cuales se recuerdan. Yo mismo he visto romperse un miembro a dos o tres candidatos. Pero el peligro es mucho mayor cuando se ordena a los ministros que muestren su destreza, pues al tratar de superarse a sí mismos y a sus compañeros se esfuerzan tanto que apenas hay alguno que no haya sufrido una caída, y algunos, dos o tres. Me aseguraron que, un par de años antes de mi llegada, Flimnap se habría desnucado inevitablemente si uno de los cojines del rey, que estaba casualmente en el suelo, no hubiera amortiguado la fuerza de su caída.

Hay también otra diversión que solo se realiza ante el emperador, la emperatriz y el primer ministro en ocasiones especiales. El emperador pone en la mesa tres finas hebras de seda de quince centímetros de longitud; una es azul, la otra

roja y la tercera verde. Esas hebras son los premios para las personas a las que el emperador desea distinguir con una muestra peculiar de su favor. La ceremonia se realiza en la gran sala del trono, donde los candidatos son sometidos a una prueba de destreza muy diferente de la anterior, y que no tiene el menor parecido con las de ningún otro país del viejo ni del nuevo mundo. El emperador sostiene en las manos una varilla con los dos extremos paralelos al horizonte, mientras los candidatos, que avanzan uno tras otro, a veces saltan por encima de la varilla y otras veces se deslizan por debajo de ella hacia atrás y hacia adelante repetidamente, según si la varilla sube o baja. En algunas ocasiones el emperador sostiene un extremo de la varilla y su primer ministro el otro. En otras, el ministro sostiene él solo la varilla. El que realiza su trabajo con más agilidad y está más tiempo saltando y deslizándose es recompensado con la seda de color azul. La roja se da al siguiente y la verde al tercero, y ellos las llevan enrolladas en dos vueltas en la cintura. Se ven muy pocas personas de la corte que no estén adornadas por uno de esos distintivos.

Los caballos del ejército y los de las caballerizas reales eran llevados a diario ante mí y ya no se espantaban, y se acercaban hasta mis pies sin dar corcovas. Los jinetes los hacían saltar sobre mi mano cuando yo la ponía en tierra, y uno de los monteros del emperador, en un corcel de gran alzada, llegó a saltar sobre mi pie con zapato y todo, lo que fue ciertamente un salto prodigioso.

Un día tuve la buena suerte de divertir al emperador de una manera muy extraordinaria: le rogué que hiciera llevar varios palos de sesenta centímetros de altura y del grueso de un bastón corriente. A continuación, Su Majestad ordenó al administrador de sus bosques que tomara las disposiciones convenientes, y a la mañana siguiente llegaron seis leñadores con otros tantos carros tirados por ocho caballos cada uno. Tomé nueve de esos palitos y los clavé fuertemente en la tierra, formando un rectángulo de setenta y cinco centímetros de lado; luego tomé cuatro palitos y los até horizontalmente a los ángulos, a unos sesenta centímetros del suelo. Después sujeté mi pañuelo a los nueve palos verticales y lo extendí por todos lados hasta que quedó tan tenso como el parche de un

tambor. Los cuatro palitos paralelos, que se elevaban unos doce centímetros del pañuelo, servían como bordes a cada lado. Cuando terminé mi trabajo, rogué al emperador que permitiera a veinticuatro de los mejores jinetes de su cuerpo de caballería que fueran a hacer ejercicios en aquella llanura.

Su Majestad aprobó la propuesta y yo los tomé uno por uno en las manos, ya montados y armados, juntamente con los oficiales que debían mandarlos, y los coloqué en el pañuelo. Tan pronto como estuvieron formados se dividieron en dos bandos, simulaban escaramuzas, dispararon flechas embotadas, desenvainaron las espadas, huyeron, se persiguieron, atacaron y se retiraron. En suma, mostraron la mejor disciplina militar que he visto nunca. Los palitos paralelos impedían que ellos y sus caballos cayeran de aquel escenario. El emperador quedó tan complacido, que ordenó la repetición de ese entretenimiento durante varios días, y en una ocasión se dignó permitir que yo lo subiera al pañuelo para dar personalmente las órdenes. Con dificultad convenció a la emperatriz para que me permitiera sostenerla en su silla de manos a dos metros del escenario, desde donde abarcaba con la vista todo el espectáculo.

Tuve la buena suerte de que no se produjera ningún accidente grave durante esos ejercicios ecuestres. Solo una vez un caballo fogoso, perteneciente a uno de los capitanes, hizo, piafando, un agujero en el pañuelo y, al meter en él la pata, cayó con su jinete, pero yo lo levanté inmediatamente y, tapando el agujero con una mano, bajé a los soldados con la otra de la misma manera como los había subido. El caballo caído se torció la pata izquierda, pero el jinete no se hizo daño alguno, y yo remendé el pañuelo lo mejor que pude. Sin embargo, no confié más en su resistencia para empresas tan peligrosas.

Algunos días antes de que me pusieran en libertad, yo estaba entreteniendo a la corte con estas diversiones cuando llegó un correo a informar a Su Majestad que un súbdito suyo, al pasar a caballo cerca del lugar donde me habían encontrado por primera vez, vio en tierra un gran objeto negro de forma muy extraña que abarcaba con sus bordes una extensión tan grande como el dormitorio de Su Majestad y se levantaba por el centro a la altura de un hombre. No era una criatura viviente, como creyeron al principio, pues yacía

sobre la hierba sin movimiento. Algunos de ellos habían dado vueltas a su alrededor varias veces y, subiéndose unos en hombros de otros, alcanzaron la parte alta, que era plana y lisa, y, golpeando en ella, descubrieron que estaba hueca; pensaban humildemente que podía ser alguna pertenencia del Hombre-Montaña. Si Su Majestad lo deseara, ellos podrían llevarlo con solo cinco caballos.

No tardé mucho en comprender a qué se referían y me alegré cordialmente con la noticia. Según parece, al llegar a la costa después del naufragio, me hallaba tan confundido que antes de ir al sitio donde me quedé dormido se me cayó el sombrero, que había sujetado con una cuerda mientras remaba y se mantuvo así durante todo el tiempo que nadé; supongo que la cuerda se rompería a causa de algún accidente que no advertí; yo creía que había perdido el sombrero en el mar. Rogué a Su Majestad Imperial que diera órdenes para que me lo llevaran lo antes posible. Al día siguiente los arrieros llegaron con él, pero no en muy buen estado: le habían abierto dos agujeros en el ala, a unos dos centímetros del borde, y metido dos ganchos por los agujeros.

Uniendo esos ganchos con una cuerda a los arneses, arrastraron mi sombrero más de ochocientos metros. Como el terreno de ese país es extremadamente liso y llano, sufrió menos daño del que se podía esperar. Dos días después de esa aventura, el emperador, que había ordenado que parte de su ejército acuartelado en la metrópoli y sus alrededores estuviera preparado, programó divertirse de una manera muy singular. Me pidió que me mantuviera de pie, como un coloso, con las piernas abiertas, y luego ordenó a su general (que era un jefe con mucha experiencia y gran protector mío) que dispusiera a sus tropas en formación cerrada y las hiciera desfilar por debajo de mí; la infantería de a veinticuatro en línea y la caballería de a dieciséis, a tambor batiente, con las banderas desplegadas y las lanzas en ristra. Este cuerpo se componía de tres mil infantes y mil jinetes.

Había enviado tantas solicitudes de libertad, que Su Majestad terminó por mencionar el asunto, primero en el Gabinete y luego en la reunión plena del Consejo, donde nadie se opuso, excepto Skyresh Bolgolam, quien se complacía, sin provocación alguna, en ser mi enemigo

mortal. Pero fue aprobado, contra su voluntad, por todo el Consejo y continuado por el emperador. Ese ministro era *galbet*, o sea, almirante del reino, muy de la confianza de su señor y persona muy versada, pero de un carácter áspero y de mal genio. Sin embargo, al final lo convencieron para que accediera, pero concediéndole que fuera él mismo quien redactara los artículos y las condiciones bajo las cuales se me pondría en libertad.

El propio Skyresh Bolgolam me llevó el documento, acompañado por dos subsecretarios y varias personas distinguidas. Después de leerlo me pidieron que jurara que los cumpliría, primero a la manera de mi país y luego según el procedimiento descrito por sus leyes, que consistía en sostener el pie derecho con la mano izquierda, y colmar el dedo medio de la mano derecha en la coronilla y el pulgar en la punta de la oreja derecha. Como el lector puede sentir la curiosidad de informarse del estilo y el modo de expresión propios de ese pueblo, así como de conocer los artículos en virtud de los cuales recobré la libertad, he traducido todo el documento, palabra por palabra, con la mayor fidelidad posible, y lo ofrezco aquí al público:

«*Golbasto Momaren Evlame Gurdilo Shefin Mullly Ulfy Gue*, muy poderoso emperador de Liliput, delicia y terror del universo, cuyos dominios se extienden cinco mil *blustrugs* (unos veinte kilómetros cuadrados) hasta los confines del globo; monarca de todos los monarcas. Más alto que los hijos de los hombres, cuyos pies descansan en el centro del mundo y cuya cabeza se yergue hasta tocar el sol. Al mover la cabeza hace que tiemblen los príncipes de la tierra. Agradable como la primavera, suave como el verano, fructífero como el otoño, terrible como el invierno. Su Muy Sublime Majestad propone al Hombre-Montaña, recientemente llegado a nuestros celestiales dominios, las siguientes órdenes que se verá obligado a cumplir bajo solemne juramento:

»Primero: El Hombre-Montaña no saldrá de nuestros dominios sin nuestra licencia refrendada con nuestro gran sello.

»Segundo: No podrá entrar en nuestra metrópoli sin nuestra orden expresa. Cuando eso suceda, los habitantes serán avisados con dos horas de anticipación para que permanezcan en sus casas.

»Tercero: Dicho Hombre-Montaña limitará sus paseos a nuestras carreteras principales, y no debe pasearse ni tenderse en una pradera o un trigal.

»Cuarto: Cuando pasee por dichas carreteras, pondrá el mayor cuidado en no pisar el cuerpo de ninguno de nuestros amados súbditos, así como sus caballos y carros, ni tomará en sus manos a ninguno de nuestros súbditos sin su consentimiento.

»Quinto: Si hay que enviar un correo con especial urgencia, el Hombre-Montaña estará obligado a llevar en su bolsillo al mensajero y su caballo en un viaje de seis días una vez en cada luna, y a traer de vuelta (si fuese necesario) a dicho mensajero sano y salvo a nuestra imperial presencia.

»Sexto: Será nuestro aliado contra nuestros enemigos de la isla de Blefuscu, y hará todo lo posible por destruir su flota, que actualmente se prepara para atacarnos.

»Séptimo: Dicho Hombre-Montaña, en sus ratos de ocio, ayudará y asistirá a nuestros obreros, ayudándolos a levantar las grandes piedras para rematar el muro del parque principal y otros de nuestros edificios reales.

»Octavo: Dicho Hombre-Montaña entregará en un plazo de dos lunas un informe exacto sobre la extensión de nuestros dominios, calculada en pasos suyos alrededor de la costa.

»Noveno y último: Bajo solemne juramento de que observará todos los artículos anteriores, dicho Hombre-Montaña recibirá un suministro diario de comida y bebida suficiente para su manutención, y equivalente al de mil setecientos veinticuatro de nuestros súbditos. Tendrá libre acceso a nuestra real persona y recibirá otros testimonios de nuestro favor. Dado en nuestro palacio de Nelfaborac el duodécimo día de la nonagésima primera luna de nuestro reinado».

Juré y firmé esas reales órdenes con gran alegría y satisfacción, aunque algunos de sus artículos no eran honorables como hubiera deseado, lo que se debía enteramente a la maldad de Skyresh Bolgolam, el almirante. Mostré mi agradecimiento postrándome a los pies de Su Majestad, pero él me ordenó que me levantara, y después de muchas expresiones amables, que no repetiré para que no se me

acuse de vanidad, añadió que esperaba que yo fuera un servidor útil y que mereciera todos los favores que me había concedido ya o que podría concederme en el futuro.

El lector puede observar que en el último artículo referente a la recuperación de mi libertad, el emperador estipula que se me suministre una entidad de comida y bebida suficiente para alimentar a mil setecientos veinticuatro liliputienses. Tiempo después pregunté a un amigo mío de la corte por qué habían fijado ese número determinado, y me contestó que los matemáticos de Su Majestad, habiéndome tomado la altura del cuerpo por medio de un cuadrante, vieron que excedía a la de los suyos en la proporción de doce a uno y sacaron en conclusión, dada la semejanza de sus cuerpos, que el mío debía contener por lo menos mil setecientos veinticuatro de los suyos y, en consecuencia, requería tanto alimento como el que se necesitaba para alimentar a ese número de liliputienses. Por lo que puede el lector tener una idea del ingenio de aquel pueblo, así como de la economía prudente y exacta de tan gran príncipe.



IV

Descripción de Mildendo, la capital de Liliput, y el palacio del emperador. Una conversación entre el autor y el primer secretario con respecto a los asuntos del imperio. El autor ofrece sus servicios al emperador en sus guerras.

Una vez obtenida mi libertad, lo primero que pedí fue que me permitieran ver Mildendo, la capital, a lo que accedió el emperador, pero con la recomendación de que no hiciera daños a los habitantes ni a sus casas. Una proclama anunció a la población mi propósito de visitar la ciudad. La muralla que la rodea tiene setenta y cinco centímetros de altura y por lo menos veinte de ancho, de modo que un coche con sus caballos puede recorrerla con toda seguridad. La flanquean fuertes torres que se alzan a tres metros de distancia unas de otras. Atravesé la gran puerta occidental y pasé muy suavemente y de lado por las dos calles principales, solo con mi corto chaleco, por temor a estropear los tejados y aleros de las casas con los faldones de la casaca.

Caminaba con la mayor prudencia para no pisar a los transeúntes rezagados que podían quedar en las calles, aunque había órdenes estrictas de que todo el mundo permaneciera en sus casas, corriendo los riesgos por su cuenta en caso contrario. Las ventanas de los edificios y las azoteas estaban tan llenas de espectadores, que creo no haber visto en todos mis viajes un lugar tan populoso.

La ciudad es un cuadrado exacto y cada lado de la muralla tiene ciento sesenta y seis metros de longitud. Las dos grandes avenidas que se cruzan en el centro la dividen en cuatro partes iguales. Tienen metro y medio de anchura. Las callejuelas y pasajes, en los que no pude entrar y solo vi superficialmente, tienen de treinta a treinta y cinco centímetros de ancho. La ciudad es capaz de contener quinientas mil almas. Las casas son de tres a cinco pisos; las tiendas y los mercados se ven bien abastecidos.

El palacio del emperador está en el centro de la ciudad, donde se cruzan las dos avenidas principales. Lo rodea una muralla de sesenta centímetros de altura, a siete metros de distancia de los edificios. Su Majestad me concedió permiso

para pasar por encima de esa muralla y, como entre ésta y el palacio es tan amplio el espacio, pude verlo fácilmente por todos sus lados. El patio exterior es un cuadro de trece metros de lado e incluye otros dos patios: en el interior se hallan las habitaciones reales, que yo tenía muchos deseos de ver pero no me fue posible, pues las grandes puertas de comunicación solo tenían cuarenta y cinco centímetros de altura y diecisiete de ancho. Ahora bien, los edificios del patio exterior tenían por lo menos metro y medio de altura y no podía pasar por encima de ellos sin causar un daño incalculable a la construcción, aunque las paredes estaban sólidamente edificadas con piedra tallada y tenían diez centímetros de espesor.

Por otra parte, el emperador deseaba que viera la magnificencia de su palacio. Tan solo pude hacerlo tres días después, tiempo que dediqué a cortar con mi navaja algunos de los árboles mayores del parque real, situado a unos cien metros de distancia de la ciudad. Con esos árboles hice dos banquillos de un metro de altura cada uno y lo bastante fuertes para soportar mi peso.

Advertida la población por segunda vez, volví a atravesar la ciudad hasta el palacio, con los dos banquillos en las manos. Cuando llegué junto al patio exterior, me subí a un banquillo y tomé en la mano el otro, que hice pasar sobre el tejado y dejé suavemente en el espacio entre el primero y el segundo patio, que era de dos metros y medio de anchura. Luego pasé cómodamente por encima del edificio desde un banquillo al otro, y levanté el primero con un palo que tenía un gancho en la punta. Valiéndome de ese medio entré en el patio interior, acostándome de lado, pegué la cara a las ventanas de los pisos centrales, que habían dejado abiertas a propósito, y descubrí las habitaciones más espléndidas que es posible imaginar. Allí vi a la emperatriz y a los jóvenes príncipes en sus diversos alojamientos, rodeados por sus principales servidores. Su Majestad Imperial tuvo la bondad de sonreírme muy graciosamente y de darme su mano para que la besara.

Pero no anticiparé al lector más descripciones de esta clase, pues las reservo para una obra más importante que está ya casi lista para ser enviada a la imprenta, y que contiene una descripción general de ese imperio, desde su fundación,

a través de una larga serie de príncipes, con un relato particular de sus guerras, su política, sus leyes, su cultura y su religión, sus plantas y animales, sus costumbres y vestimentas típicas, y otras materias muy curiosas y útiles. Mi propósito principal ahora es relatar los acontecimientos en que intervinimos los habitantes del país o yo mismo durante mi residencia de unos nueve meses en Liliput.

Una mañana, a los quince días más o menos de haber obtenido la libertad, Reldresal, el secretario principal de asuntos privados (como ellos lo llaman) vino a mi casa acompañado únicamente por un criado. Ordenó que su coche lo esperara a cierta distancia y me rogó que le concediera una hora de audiencia. Lo acogí inmediatamente, teniendo en cuenta su categoría y sus méritos personales, así como los muchos favores que me había hecho con motivo de mis peticiones a la corte. Me ofrecí a tenderme en el suelo para poder oírlo más cómodamente, pero él prefirió que lo tuviera en la mano durante nuestra conversación.

Comenzó felicitándome por mi libertad. Dijo que podía pretender algún mérito por ella, no obstante lo cual, añadió

que de no haber sido por la situación que prevalecía en la corte, quizá no la habría conseguido tan pronto.

—Pues —dijo—, por muy floreciente que nuestra situación pueda parecer a los extranjeros, padecemos dos grandes males: una violenta sedición en el interior, y el peligro de que invada nuestro territorio un poderoso enemigo exterior. En cuanto a lo primero, ha de saber que desde hace más de setenta lunas hay en este imperio dos partidos contrarios conocidos con los nombres de Tramecksan y Slamecksan, a causa de los tacones altos o bajos de su calzado, que los identifican entre sí. Se dice que los “tacones altos” están más de acuerdo con nuestra antigua Constitución. Pero, a pesar de ello, Su Majestad ha decidido utilizar únicamente “tacones bajos” en la administración del Gobierno y en todos los puestos otorgados por la Corona. Como usted habrá podido observar, los tacones de Su Majestad Imperial son por lo menos un *drurr* más bajos que cualesquiera otros de su corte (el *drurr* es una medida de alrededor de dos milímetros).

»La disputa entre los dos partidos ha llegado a tal extremo, que los miembros de uno de ellos no quieren

comer, beber ni hablar con los del otro. Calculamos que los Tramecksan, o tacones altos, nos superan en número, pero la fuerza está completamente de nuestro lado. Sospechamos que Su Alteza Imperial, el heredero de la corona, siente cierta inclinación hacia los tacones altos; por lo menos, vemos claramente que uno de sus tacones es más alto que el otro, lo que hace que cojee al andar.

»Ahora bien, en medio de estas querellas intestinas nos amenaza una invasión desde la isla de Blefuscu, que es el otro gran imperio del universo, casi tan grande y poderoso como el de Su Majestad. En cuanto a que hay otros reinos y Estados en el mundo, habitados por criaturas humanas tan grandes como usted, nuestros filósofos lo ponen muy en duda, y suponen más bien que usted ha caído de la luna o de una de las estrellas, pues es evidente que un centenar de mortales de su tamaño destruirían en poco tiempo todos los frutos y el ganado de los dominios de Su Majestad. Además, nuestras historias desde hace seis mil lunas no mencionan más regiones que los dos grandes imperios de Liliput y Blefuscu, dos grandes potencias que, como iba a decirle,

vienen librando una guerra sumamente obstinada desde hace treinta y seis lunas.

»Se inició por el siguiente motivo: todos reconocen que el modo primitivo de romper los huevos para comerlos era cascarlos por el extremo más ancho, pero el abuelo de Su Majestad actual, siendo niño, fue a comer un huevo y, al romperlo según la vieja costumbre, se hirió uno de los dedos. Inmediatamente el emperador, su padre, publicó un edicto ordenando a todos sus súbditos, bajo penas muy severas, que rompieran los huevos por el extremo más estrecho. A la población le molestó tanto esa ley que, según cuentan las crónicas, se produjeron con ese motivo seis rebeliones, en las cuales un emperador perdió la vida y otro la corona. Estas conmociones civiles fueron fomentadas constantemente por los monarcas de Blefuscu, y cuando eran sofocadas, los desterrados huían siempre a refugiarse en aquel imperio.

»Se calcula que once mil personas, en diversas épocas, han preferido la muerte a cascar los huevos por el extremo más estrecho. Se han publicado centenares de grandes volúmenes sobre esa controversia, pero los libros de los Anchoextremistas

están prohibidos desde hace mucho tiempo y todo el partido incapacitado por la ley para desempeñar empleos.

»En el curso de esos desórdenes, los emperadores de Blefuscu nos acusaron frecuentemente, por medio de sus embajadores, de provocar un cisma en la religión al contravenir una doctrina fundamental de nuestro gran profeta Lustrog, contenida en el capítulo quincuagesimocuarto del Blundecral (que es su Corán). Se cree, sin embargo, que se trata de una mera deformación del texto, pues las palabras son éstas: Que todos los verdaderos creyentes rompan los huevos por el extremo conveniente. Y cuál sea el extremo conveniente ha de decidirlo, en mi humilde opinión, la conciencia de cada cual o, por lo menos, la facultad del primer magistrado.

»Ahora bien, los Anchoextremistas han encontrado tanto crédito en la corte del emperador de Blefuscu, y tanta ayuda y tantos estímulos secretos en este mismo país, que entre ambos imperios viene librándose una sangrienta guerra desde hace veintiséis lunas, con suerte variada. Durante ese tiempo hemos perdido cuarenta grandes barcos y un

número mucho mayor de naves más pequeñas, con treinta mil de nuestros mejores marinos y soldados. Se sabe que el daño recibido por el enemigo es algo mayor que el nuestro. Sin embargo, ellos han equipado ahora una numerosa flota y se preparan en estos momentos para caer sobre Liliput; y su Majestad Imperial, que tiene gran confianza en el valor y la fuerza de usted, me ha ordenado que le haga esta exposición del estado de nuestro imperio».

Rogué al secretario que presentara al emperador mis humildes respetos y le hiciera saber que, en mi opinión, no me correspondía, como extranjero, intervenir en las disputas de los partidos, pero estaba dispuesto, con riesgo de mi vida, a defender su persona y su Estado contra todos los invasores.

Al momento de retirarse, el secretario Reldresal perdió el equilibrio, cayendo de la silla en que se encontraba. Pero este pequeño accidente no tuvo mayores consecuencias.



V

El autor realiza una estratagema extraordinaria e impide la invasión. Le confieren un alto título honorífico. Llegan embajadores del emperador de Blefuscu y piden la paz.

El imperio de Blefuscu es una isla situada al nordeste de Liliput, del que está separado únicamente por un canal de ochocientos metros de anchura. Yo no lo había visto todavía, y al tener noticia de que se preparaba una invasión, traté de no aparecer por aquel lado de la costa, para no ser descubierto por algún barco del enemigo. Éste no conocía mi existencia, pues toda relación entre los dos imperios estaba estrictamente prohibida durante la guerra, bajo pena de muerte, y nuestro emperador había decretado el embargo de todos los navíos, sin distinción.

Comuniqué a Su Majestad un proyecto que había trazado para capturar la totalidad de la flota enemiga, la cual, según nos aseguraron nuestros espías, se hallaba anclada en

el puerto, lista para darse a la vela al primer viento favorable. Consulté con los marinos más experimentados acerca de la profundidad del canal, que habían sondeado con frecuencia, y me dijeron que en el centro, durante la marea alta, tenía setenta *glumgluffs* de profundidad, o sea un metro y noventa centímetros, según la medida europea; el resto, cincuenta *glumgluffs* a lo más. Me dirigí a la costa nordeste, frente a Blefuscu, desde donde, tendido tras una colina, saqué mi pequeño catalejo y vi anclada a la flota del enemigo, compuesta por unos cincuenta navíos de guerra y gran número de transportes. Luego regresé a mi casa y ordené (tenía autorización para ello) que me entregaran gran cantidad de cable de la clase más fuerte y barras de hierro. El cable era casi tan grueso como el bramante y las barras tenían la longitud y el tamaño de una aguja de hacer medias. Tripliqué el cable para hacerlo más fuerte, uní tres barras de hierro y doblé sus extremos en forma de gancho.

Después de fijar así cincuenta ganchos a otros tantos cables, volví a la costa nordeste y, quitándome la casaca, los zapatos y las medias, entré en el mar con mi chaleco de

cuero; caminé por él durante un rato antes de que me cubriese el agua. Avancé todo lo aprisa que pude y nadé en el centro unos treinta metros, hasta que toqué fondo. Llegué adonde estaba la flota en menos de media hora. El enemigo se asustó tanto cuando me vio que se arrojó de los barcos y huyó nadando a la costa, donde se reunieron no menos de treinta mil personas. Entonces tomé mi aparejo y después de sujetar con un gancho la proa de cada buque, até todas las cuerdas por el extremo.

Mientras me ocupaba en eso, el enemigo me disparó miles de flechas, muchas de las cuales me dieron en las manos y la cara. El gran escozor me molestaba mucho en mi tarea. Lo que más me preocupaba eran los ojos, que habría perdido irremediablemente si no se me hubiera ocurrido de pronto un recurso. Conservaba, entre otros pequeños objetos útiles, un par de gafas en un bolsillo secreto que, como advertí anteriormente, no habían descubierto los investigadores del emperador. Las saqué y me las sujeté lo más firmes que pude, y así protegido seguí realizando tranquilamente mi trabajo, a pesar de las

flechas del enemigo, muchas de las cuales golpeaban en los cristales de mis anteojos, pero sin otro efecto que el de desajustármelos un poco.

Cuando terminé de sujetar todos los ganchos, tomé el nudo en la mano y comencé a tirar, pero no se movió un solo barco: todos estaban sujetos por sus anclas, por lo que me quedaba por realizar la parte más audaz de mi empresa. En consecuencia, solté la cuerda y dejando los ganchos fijos en los barcos, corté resueltamente con la navaja los cables que amarraban las anclas, mientras recibía más de doscientos flechazos en la cara y las manos. Luego tomé el extremo anudado de los cables a que estaban atados los ganchos, y con gran facilidad me llevé cincuenta de los mayores buques de guerra del enemigo.

Los blefuscudianos, que no tenían la menor idea de lo que yo me proponía, quedaron al principio confundidos de asombro. Me habían visto cortar los cables y creían que mi propósito era solamente dejar los barcos al garete o que chocaran unos con otros, pero cuando vieron que toda la flota avanzaba en orden detrás de mí, lanzaron

tal grito de dolor y desesperación que era casi imposible describir.

Cuando estuve fuera de peligro me detuve un rato para sacarme las flechas clavadas en las manos y la cara, y me unté con el mismo unguento que me dieron a mi llegada al país. Luego me quité las gafas, esperé alrededor de una hora a que bajara algo la marea, vadeé por el centro con mi carga y llegué a salvo al puerto real de Liliput.

El emperador y toda su corte estaban en la costa esperando el resultado de esa gran aventura. Veían avanzar a los barcos formando una gran media luna, pero no podían verme a mí, que estaba sumergido hasta el pecho en el agua. Cuando llegué a la mitad del canal aumentó su aflicción, ya que me cubría el agua hasta el cuello. El emperador creyó que me había ahogado y que la flota enemiga se acercaba en actitud hostil, pero en breve se desvanecieron sus temores, debido a que el canal se hacía menos profundo a cada paso que daba; pronto estuve al alcance del oído y, alzando el extremo del cable al que había atado la flota, grité en alta voz: «¡Viva el muy poderoso

emperador de Liliput!». Este gran príncipe me recibió al llegar a tierra con muestras de gran estima y me hizo allí mismo *nardac*, que es el más alto título de honor entre ellos.

Su Majestad deseaba que yo aprovechara alguna otra oportunidad para llevar a sus puertos a todo el resto de la flota enemiga. Es tan desmedida la ambición de los príncipes, que parecía pensar nada menos que en reducir todo el imperio de Blefuscu a una provincia gobernada por un virrey, aniquilar a los Anchoextremistas desterrados y obligar a esa gente a romper los huevos por el extremo más estrecho, con lo cual se habría convertido en el único monarca del mundo entero.

Yo traté de disuadirle de ese propósito por medio de numerosos argumentos tomados de los lugares comunes de la política y de la justicia, y declaré francamente que nunca serviría de instrumento para llevar la esclavitud a un pueblo valiente, y cuando se trató el asunto en el Consejo, los miembros más prudentes compartieron mi opinión.

Mi franca y audaz declaración se oponía de tal modo a los planes y la política de Su Majestad Imperial, que ésta no

me perdonó nunca. La mencionó de una manera muy astuta en el Consejo, donde, según me dijeron, algunos de los más prudentes parecían –por lo menos si se tenía en cuenta su silencio– compartir mi opinión. Otros, que eran mis enemigos secretos, no pudieron contener ciertas expresiones que llegaron a mi conocimiento por medios indirectos. Desde ese momento se inició una intriga entre Su Majestad y una camarilla de ministros maliciosamente dispuestos contra mí; intriga que culminó antes de que transcurrieran dos meses y es probable que habría terminado con mi total destrucción. ¡Tan poco pesan para los príncipes los mayores servicios, si se los pone en la balanza, frente a la negativa de satisfacer sus pasiones!

Unas tres semanas después de este acontecimiento llegó de Blefuscu una solemne embajada con humildes ofertas de paz, la que quedó concertada en seguida con condiciones muy ventajosas para nuestro emperador y de las cuales dispenso al lector. Los embajadores eran seis, con un séquito de unas quinientas personas, y su entrada fue un espectáculo grandioso, como correspondía a la importancia de su misión.

Una vez concluido el tratado, durante cuya negociación una vez ayudé con mis buenos oficios valiéndome del crédito que entonces tenía o parecía tener en la corte, los embajadores, a quienes habían informado en secreto de lo que había hecho en su favor, me hicieron una visita oficial. Comenzaron con muchos cumplidos por mi valor y generosidad, me invitaron a visitar aquel reino en nombre del emperador, su señor, y me rogaron que les diera algunas pruebas de mi fuerza prodigiosa, de la que habían oído tantas maravillas, en lo cual les complací inmediatamente, pero no quiero molestar al lector con los detalles.

Durante la conversación con los embajadores, les rogué que me hicieran el honor de presentar mis humildes respetos al emperador, su señor, la fama de cuyas virtudes había llenado tan justamente de admiración al mundo entero y a cuya real persona había decidido visitar antes de regresar a mi país.

En consecuencia, la siguiente vez que tuve el honor de ver a nuestro emperador le pedí su permiso para visitar al monarca blefuscudiano; permiso que me concedió, según pude advertir claramente, de una manera muy fría. No

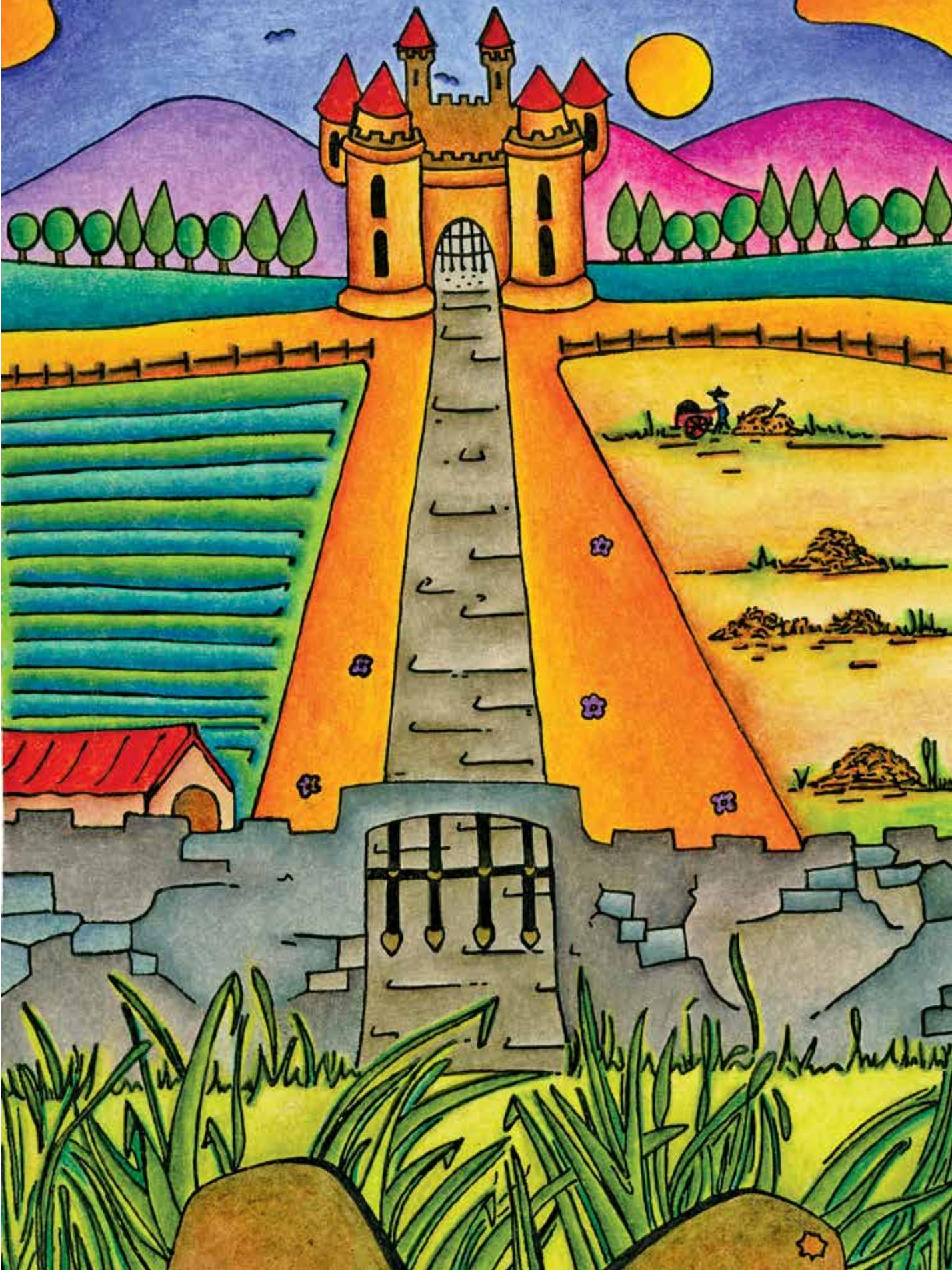
podía sospechar el motivo de su distanciamiento hasta que cierta persona me cuchicheó que Flimnap y Bolgolam habían comunicado de mi reunión con los embajadores como una prueba de desafecto, de lo que puedo asegurar que era completamente inocente. Y ésa fue la vez que comencé a tener una idea de lo que son las cortes, los ministros y los consejeros.

Debo advertir que esos embajadores me hablaron por medio de un intérprete, pues los idiomas de ambos imperios difieren entre sí tanto como otros dos cualesquiera de Europa, y cada nación se enorgullece de la antigüedad, la belleza y la energía de su propia lengua y siente un manifiesto desprecio por la de su vecino.

Nuestro emperador, fundándose en la ventaja que le había dado la captura de la flota enemiga, los obligó a presentar sus credenciales y a pronunciar sus discursos en el idioma liliputiense. Y hay que confesar que, a causa del gran intercambio comercial entre ambos reinos y de la frecuente recepción de desterrados, que es mutua entre ellos; y de la costumbre que tiene cada imperio de enviar al otro

a los jóvenes de la nobleza y de las familias más ricas para que se eduquen viendo mundo y estudiando hombres y costumbres, hay en las regiones marítimas pocas personas distinguidas, así como comerciantes y marinos que no puedan mantener una conversación en ambos idiomas. Tuve oportunidad de apreciarlo algunas semanas después, cuando fui a presentar mis respetos al emperador de Blefuscu; visita que, a pesar de las grandes desdichas que me acarreó la maldad de mis enemigos, resultó para mí una aventura muy feliz, como referiré en el lugar oportuno.

El lector puede recordar que, cuando firmé el convenio en virtud del cual recobré la libertad, había algunos puntos que me disgustaban por ser demasiado serviles y que solo me había obligado a aceptar una necesidad extrema. Pero como ahora era un nardac de la más alta jerarquía en aquel imperio, esos servicios eran considerados como impropios de mi dignidad y el emperador (dicho sea en justicia) nunca me los mencionó.



VI

Los habitantes de Liliput. Su cultura, leyes y costumbres. Cómo educan a sus hijos. Sistema de vida del autor en Liliput. Su vindicación de una gran dama.

Aunque proyecto dejar la descripción de este imperio para un tratado sobre el tema, me place proporcionar al curioso lector algunas ideas generales. Así como el tamaño de los naturales es de quince centímetros de altura, así también hay una exacta proporción en los animales, las plantas y los árboles. Por ejemplo: los caballos y los bueyes más grandes tienen de diez a doce centímetros de altura; las ovejas, cuatro centímetros más o menos; los gansos, algo más pequeños que un gorrión, y así los diversos animales y aves en orden descendente, hasta llegar a los más pequeños, que para mí eran casi invisibles.

La naturaleza ha dotado a los liliputienses con una capacidad visual adecuada a su tamaño. Para mostrar la agudez de su vista con respecto a los objetos cercanos, diré que me divertí mucho observando cómo un cocinero pelaba una alondra que era más pequeña que el tamaño de una mosca,

y cómo una niña enhebraba una aguja para mí invisible con una seda también invisible.

Sus árboles más altos tienen unos setenta centímetros. Me refiero a algunos de los del gran parque real, las copas de los cuales alcanzaba a abarcarlas con el puño. Las otras plantas tienen la misma proporción. Pero dejo esto a la imaginación del lector.

Ahora hablaré acerca de la cultura de ese país, que durante largas épocas ha florecido en todas sus ramas. Su manera de escribir es muy peculiar, pues no lo hacen de izquierda a derecha como los europeos, ni de derecha a izquierda como los árabes, ni de arriba abajo como los chinos, sino oblicuamente, de un ángulo del papel al otro, como algunas damas de Inglaterra.

Entierran a sus muertos con la cabeza para abajo, porque creen que dentro de once mil lunas todos ellos volverán a levantarse, y que en esa época la tierra (que ellos consideran plana) se dará vuelta, y así, cuando resuciten, se encontrarán de pie. Sus hombres sabios confiesan lo absurdo de esta doctrina, pero la práctica se mantiene por condescendencia con la creencia popular.

Hay en este imperio algunas leyes y costumbres muy peculiares, y si no fueran tan distintas a las de mi querido país, sentiría la tentación de decir algo para justificarlas. La primera que menciono se refiere a los delatores. Todos los crímenes contra el Estado son castigados con la mayor severidad, pero si la persona acusada demuestra claramente su inocencia en el proceso, se da al acusador inmediatamente una muerte ignominiosa, y la persona inocente es indemnizada con los bienes o las tierras de aquél, por el peligro que ha corrido, las molestias de su encarcelamiento y los gastos que ha tenido que hacer para defenderse. Si los bienes no alcanzan, los aporta la Corona. El emperador le confiere también alguna muestra pública de su favor y se proclama su inocencia en toda la ciudad.

Consideran el fraude como un crimen mayor que el robo y, en consecuencia, rara vez dejan de castigarlo con la pena de muerte. Muchos alegan que con cuidado, vigilancia y con una inteligencia común, se pueden preservar de los ladrones los bienes de un hombre, pero la honradez no defiende contra una astucia superior. Siempre es necesario que haya

comercio de compra y venta y que exista el crédito; si el fraude se permite y tolera, o no hay leyes que lo castiguen, el comerciante honrado es siempre el que pierde y el bribón saca ventaja.

Recuerdo que en una ocasión intercedí ante el rey en favor de un ladrón que había perjudicado a su amo en una gran cantidad de dinero, con el cual se escapó. Como yo le dijera a Su Majestad, a modo de atenuante, que se trataba solo de un abuso de confianza, el emperador consideró monstruoso de mi parte que alegara como defensa el mayor agravante del delito. Ciertamente, no supe replicar, fuera de la excusa habitual de que las diferentes naciones tienen distintas costumbres, aunque confieso que quedé sinceramente avergonzado.

Habitualmente consideramos la recompensa y el castigo como los dos goznes sobre los que gira todo gobierno. Nunca vi que esta norma fuese puesta en práctica por nación alguna, con excepción de Liliput. Quienquiera que pueda probar allí que ha observado estrictamente las leyes del país durante setenta y tres lunas tiene derecho a ciertos

privilegios, de acuerdo con su categoría y sus medios de vida, así como a una cantidad de dinero que se toma de un fondo destinado a ese uso. Asimismo, adquiere el título de snillpall, o legal, que se agrega a su nombre, pero no pasa a sus descendientes. Y esa gente consideró como un enorme defecto de nuestra política el hecho de que nuestras leyes sean cumplidas únicamente en virtud de las penas, sin dar nunca recompensa. Por esta razón, la imagen de la Justicia aparece en sus tribunales con seis ojos: dos delante, dos detrás y uno a cada lado, lo que significa circunspección, más una bolsa de oro abierta en la mano derecha y una espada envainada en la izquierda, para mostrar que está mejor dispuesta al premio que al castigo.

Al elegir a las personas que han de desempeñar cualquier empleo, se tiene más en cuenta la moralidad que la capacidad, pues, dado que el gobierno es necesario para la humanidad, creen que el nivel general de la inteligencia humana se adapta a todos los empleos, y que la Providencia nunca pretende hacer de la administración de los negocios públicos un misterio que solo comprenden unas pocas

personas excepcionales, de las que rara vez nacen tres en una misma época. Ellos suponen, por el contrario, que la verdad, la justicia, la templanza, residen en todos los hombres, y que la práctica de esas virtudes, ayudada por la experiencia y la buena intención, capacita a cualquier hombre para el servicio de su país, salvo cuando se requieren estudios especiales.

Creen que la falta de virtudes morales está tan lejos de poder suplirse con las dotes superiores de la inteligencia, que los empleos nunca pueden ponerse en manos tan peligrosas como las de las personas así conceptuadas, pues por lo menos los errores cometidos por la ignorancia, pero con ánimo virtuoso, no pueden tener nunca consecuencias tan fatales para el bien público como las prácticas de un hombre cuyas inclinaciones lo llevan a dejarse corromper, y así contagiar a otros.

La ingratitud es entre ellos un crimen grave, como sabemos que lo ha sido en algunos otros países, porque, según razonan, quien paga con maldad a un bienhechor ha de ser necesariamente un enemigo del resto de la humanidad, a la que no debe favor alguno, y por lo tanto, tal hombre no es digno de vivir.

Los colegios para niños cuentan con profesores muy cultos y sus correspondientes ayudantes. Las ropas y el alimento de los alumnos son sencillos y simples. Se les educa en los principios del honor, la justicia, el valor, la clemencia, la religión y el amor a su tierra. Se los mantiene constantemente ocupados en múltiples tareas, excepto a las horas de comer y dormir, y en las dos destinadas al recreo, que consiste en ejercicios corporales. Las escuelas para niños de familias de posición media, como caballeros, comerciantes y artesanos, son administradas proporcionalmente de la misma manera, solo que los que han de dedicarse a un oficio inician el aprendizaje a los once años. Los colegios para niñas tienen un programa educativo similar, y son atendidos por maestras muy doctas y educadas.

Los liliputienses son de vida sencilla, y estiman impropio que las personas den rienda suelta a sus pasiones. Observé también que es un pueblo muy trabajador: nadie se exime del trabajo. En una palabra, no existe gente sin trabajo y por tanto la mendicidad es desconocida. Tanto la educación más esmerada como la salud son a expensas de los

ciudadanos, y la Corona vela para ayudar a los de menos recursos. Pero ni la educación ni la salud son objeto de negocio.

Y ahora quizás interese al lector que le cuente de mis asuntos particulares y de mi manera de vivir en aquel país durante los nueve meses y trece días que estuve en él. Como tengo cierta capacidad para las artes, y obligado además por la necesidad, me hice una mesa y una silla bastante cómodas con los árboles más grandes del parque real. Doscientas costureras se dedicaron a hacerme camisas, sábanas y manteles, todos de la clase más fuerte y gruesa que pudieron conseguir, no obstante lo cual, tuvieron que reforzarlos con varios dobles, pues los paños más gruesos eran muy finos. Sus telas tienen, por lo general, ocho centímetros de anchura, y las piezas son de un metro. Las costureras me tomaron las medidas tendido en el suelo, colocándose una sobre mi cuello y otra sobre mis rodillas con una fuerte cuerda que sostenían extendida una por cada extremo, mientras una tercera medía el largo de la cuerda con una regla de dos centímetros y medio de longitud. Luego me midieron el dedo pulgar de la

mano derecha, y no necesitaron hacer más, pues mediante un cálculo matemático, según el cual el doble de la circunferencia del pulgar equivale a la circunferencia de la muñeca, y lo mismo con respecto al cuello y la cintura; y con ayuda de mi camisa vieja, que extendí en tierra ante ellas para que les sirviera de modelo, me hicieron las ropas a la medida exacta.

Trescientos sastres se dedicaron a hacerme trajes, pero emplearon otro sistema para tomarme las medidas. Me arrodillé y ellos colocaron una escalera de mano desde el suelo hasta mi barbilla. Uno de ellos subió por esa escalera y dejó caer desde mi cuello hasta el suelo una plomada, cuya longitud correspondía a la de mi casaca. Los brazos y la cintura los medí yo mismo. Cuando estuvieron terminadas las ropas, que fueron hechas en mi casa, ya que las suyas no habrían podido contenerlas, parecían esa labor de retazos que hacen las damas en Inglaterra, solo que las mías eran todas del mismo color.

Disponía de trescientos cocineros que me preparaban la comida en pequeñas y cómodas barracas construidas

alrededor de mi casa, y en las que vivían con sus familiares. Me preparaban dos platos cada uno. Tomaba a veinte camareros en la mano y los colocaba en la mesa; un centenar más me servía en el suelo, unos llevando la comida en los platos y otros los barriles de vino y otras bebidas cargados al hombro, todo lo cual subían a la mesa los camareros de arriba mediante unas cuerdas, como nosotros subimos el cubo de un pozo. Cada plato de comida equivalía a un buen bocado y cada barril de bebida a un trago razonable. Su cordero es inferior al nuestro, pero su carne de vaca es excelente. En una ocasión me dieron un solomillo tan grande, que tuve que morderlo en tres mascadas, pero fue algo muy raro. Mis servidores se asombraron al ver que lo comía con hueso y todo, como comemos en nuestro país las patas de alondra. Los gansos y los pavos me los comía generalmente de un bocado, y debo confesar que son mucho mejores que los nuestros. De las aves más pequeñas podía tomar veinte o treinta de una vez en la punta del cuchillo.

Un día Su Majestad Imperial, informada de mi manera de vivir, hizo que me preguntaran si el monarca y su

real consorte, así como los jóvenes príncipes de ambos sexos, podían tener la dicha (como se dignó llamarla) de comer conmigo. En efecto, fueron, y yo los coloqué en mi mesa en tronos situados frente a mí, rodeados de su guardia. Flimnap, el ministro del Tesoro, acudió también con su bastón blanco, y observé que me miraba frecuentemente con semblante irritado, pero aparenté que no me daba cuenta de ello y comí más que de costumbre en honor de mi querido país y también para llenar de admiración a la corte. Tengo razones particulares para creer que esa visita de Su Majestad dio a Flimnap razones para indisponerme con su amo.

Ese ministro había sido siempre mi enemigo en secreto, aunque exteriormente me halagaba más de lo que le era habitual, dado su mal carácter. Hizo ver al emperador la mala situación de su tesoro y le dijo que se vería obligado a negociar empréstitos con gran descontento. Que los bonos de la Tesorería no circulaban a menos del nueve por ciento de descuento. Arguyó, en fin, que yo había costado a Su Majestad más de un millón y medio de sprugs (su moneda de oro mayor, aproximadamente del tamaño de una lentejuela), y en

resumidas cuentas sería conveniente que el emperador aprovechara la primera ocasión favorable para echarme del país. Me veo obligado a reivindicar aquí la reputación de una excelente dama que sufrió sin culpa alguna por mi causa. El ministro del Tesoro se sintió celoso de su esposa por las habladurías de ciertas malas lenguas, que le informaron de que ella sentía afecto por mi persona. Declaro solemnemente que eso es falso, pues esta dama solo me daba inocentes muestras de confianza y amistad.

Iba con frecuencia a mi casa, pero siempre en público y nunca sin tres personas a lo menos en el coche, que eran, generalmente, su hermana, su joven hija y alguna amiga particular, como hacían otras muchas damas de la corte.

Cuando un criado me anunciaba que paraba un coche ante mi casa, era mi costumbre salir inmediatamente a la puerta, y luego de saludar respetuosamente a los visitantes, tomaba el coche y dos caballos cuidadosamente en las manos (pues si los caballos eran seis, el postillón desengachaba siempre cuatro) y los colocaba en una mesa, en la que había puesto un cerco desmontable de doce centímetros de altura

para evitar los accidentes. He tenido con frecuencia cuatro coches con sus caballos al mismo tiempo en la mesa, llena de gente, mientras yo permanecía sentado en la silla inclinando la cara hacia ellos. En tanto conversaba con un grupo, el cochero paseaba lentamente a los otros alrededor de la mesa. Pasé muchas tardes muy agradables en esas conversaciones. Pero desafío al tesorero y a sus delatores (los nombraré y que ellos se las arreglen), Clustril y Drunlo, a que demuestren que alguien me visitó alguna vez a escondidas, como no fuera el secretario Reldresal, que fue a verme por orden expresa de Su Majestad Imperial, como antes he dicho.

No me habría extendido sobre este tema, pero en honor a la verdad y a la noble reputación de una gran dama, era mi obligación hacerlo.

Ya tenía entonces el honor de ser *nardac*, lo que no es el ministro del Tesoro, pues todo el mundo sabía que no es sino un *glum-glum*, título inferior en un grado, como el de marqués con respecto al de duque en Inglaterra, aunque confieso que era superior a mí por su cargo. Esos falsos informes, que llegaron a mi conocimiento gracias a un accidente del

que no es oportuno hablar, hicieron que Flimnap mostrara mala cara durante un tiempo, y aunque por fin se desengañó, perdí todo crédito con él y disminuyó rápidamente mi influencia ante el emperador, quien, por cierto, se dejaba gobernar demasiado por su favorito.



VII

El autor, informado de que pretenden acusarlo de alta traición, huye a Blefuscu. Su recibimiento allí.

Antes de que proceda a dar cuenta de mi salida de este reino, tal vez es conveniente que informe al lector de una intriga secreta que se estuvo tramando en mi contra durante dos meses.

Hasta entonces había ignorado siempre lo que eran las cortes, de la que me apartaba la modestia de mi condición. Es cierto que había oído hablar y leído bastante acerca de la manera de ser de los grandes príncipes y los ministros, pero nunca esperé que sufriría los terribles efectos de ella en un país tan remoto.

Cuando me disponía a visitar al emperador de Blefuscu, un personaje de la corte (a quien había prestado muchos servicios ante Su Majestad Imperial) fue a mi casa por la noche, con gran sigilo, en una silla de manos cerrada y, sin dar

su nombre, pidió que lo recibiera. Los portadores de la silla fueron despedidos y yo metí la silla, con Su Excelencia dentro, en el bolsillo de mi casaca, dando órdenes a un criado de confianza para que dijera que estaba indispuesto y me había acostado. Cerré la puerta de mi casa, coloqué la silla de manos sobre la mesa, según mi costumbre, y me senté junto a ella. Después de cambiar los saludos habituales, como observé que el rostro de Su Excelencia manifestaba gran preocupación, le pregunté la causa; me pidió que lo escuchara con paciencia, pues se trataba de un asunto que afectaba muy de cerca mi honor:

—Ha de saber usted —me dijo— que en los últimos días se han reunido varias comisiones del Consejo de Ministros con el mayor secreto para deliberar sobre usted, y solo hace dos días que Su Majestad tomó una decisión definitiva.

»Sabe usted muy bien que Skyresh Bolgolam (*galbet* o gran almirante) ha sido su enemigo casi desde que usted llegó a Liliput. Desconozco las razones que tuvo para ello, pero su odio ha aumentado desde su gran victoria contra Blefuscu, que oscureció la gloria que a él correspondía como

almirante. Ese señor, de acuerdo con Flimnap, el ministro del tesoro (cuya enemistad contra usted es conocida a causa de su esposa); Limtoc, el general; Lalcon, el chambelán, y Balmuff, el presidente de la Corte de Justicia, han redactado contra usted artículos de acusación por traición y otros crímenes capitales».

Este prólogo me impacientó, pues tenía conciencia de mis méritos y mi inocencia. Estuve a punto de interrumpirlo, pero él me rogó que guardara silencio y siguió diciendo:

—Agradecido por los favores que me ha hecho, procuré informarme de todas las actuaciones y conseguí una copia de los artículos, con lo cual pongo en peligro mi cabeza al comunicárselo. Helos aquí:

Artículos de acusación contra Quinbus Flestrin (El Hombre-Montaña):

En virtud de una investigación realizada en el reino de Su Majestad Imperial, se hace constar:

Artículo I.- Que dicho Quibus Flestrin, habiendo traído la flota imperial de Blefusco, al puerto real, y habiéndole ordenado después Su Majestad Imperial que se apoderara de todos los demás barcos de dicho imperio de Blefusco y redujera ese imperio a la situación de provincia que gobernaría un virrey nombrado desde aquí; y destruyera y diera muerte no solo a todos los Anchoextremistas desterrados, sino también a toda la población de aquel imperio que no abjurara inmediatamente de la herejía Anchoextremista, el mencionado Flestrin, como un falso y traidor contra su Serena Majestad Imperial, pidió que se le excusara de dicho servicio so pretexto de que no estaba dispuesto a forzar las conciencias ni destruir las libertades y las vidas de personas inocentes.

Artículo II.- Que habiendo llegado de la corte de Blefusco ciertos embajadores para pedir la paz en la corte de Su Majestad, el mencionado Flestrin, como un traidor, ayudó, estimuló y agasajó a dichos

embajadores, aunque sabía que servían a un príncipe que era enemigo declarado de Su Majestad Imperial y estaba en guerra contra dicha Majestad.

Artículo III.- Que dicho Quibus Flestrin, en contra de los deberes de un súbdito fiel, se dispone en estos momentos a hacer un viaje a la corte y al imperio de Blefuscu, para lo cual solo ha recibido permiso verbal de Su Majestad. Él trata falsa y traidoramente de realizar dicho viaje, y con él ayudar, aconsejar e instigar al emperador de Blefuscu, hace tan poco tiempo enemigo y en guerra declarada con la ya mencionada Majestad Imperial.

—Hay algunos otros artículos, pero éstos son los más importantes y de ellos he leído un extracto —dijo mi visitante y luego continuó:

»Es cierto que durante los varios debates, con respecto a esta acusación, Su Majestad dio muestras de gran benevolencia, invocando con frecuencia los servicios que usted le ha hecho y tratando de atenuar sus faltas. El tesorero y el

almirante insistieron en que se le debía condenar a la muerte más penosa e ignominiosa, incendiando su casa durante la noche. Al mismo tiempo que el general, con veinte mil hombres armados con flechas envenenadas, dispararía contra usted apuntando a la cara y las manos. Algunos de sus criados recibirían órdenes secretas para que untaran sus camisas y sábanas con un jugo venenoso que pronto le haría desgarrar la propia carne y morir entre las torturas más espantosas. El general se adhirió a esa opinión, por lo que durante largo tiempo hubo una gran mayoría contra usted, pero Su Majestad, resuelta a salvarle la vida si era posible, consiguió disuadirles.

»Después de ese incidente el emperador ordenó a Reldresal, primer secretario de asuntos privados, que siempre se ha declarado sincero amigo de usted, que expusiera su opinión; lo que hizo, y justificó el buen concepto que tiene usted de él. Aceptó que sus crímenes son grandes, pero añadió que, no obstante, había lugar para la clemencia, la virtud más loable en un príncipe, y por la que Su Majestad eran tan justamente ensalzada. Dijo que la amistad entre usted y él era tan conocida

en el mundo, que quizás el honorable tribunal podría juzgarlo parcial, no obstante lo cual, obedeciendo la orden que había recibido, exponía claramente sus sentimientos.

»Añadió que Su Majestad, en consideración a los servicios prestados, y de acuerdo con su ánimo misericordioso, tuviera a bien perdonarle la vida y se limitará a ordenar que le sacaran ambos ojos; él consideraba humildemente que con esa medida la justicia quedaría satisfecha en cierto modo y el mundo entero aplaudiría la bondad del emperador, así como la conducta justa y generosa de quienes tenían el honor de ser sus consejeros. Manifestó que la pérdida de los ojos no afectaría su fuerza corporal, con lo cual podría seguir siendo útil a Su Majestad. La ceguera aumenta el valor al ocultarnos los peligros, y el temor que sintió usted por sus ojos fue la mayor dificultad para que trajera a la flota enemiga, y a usted le bastaría ver por los ojos de los ministros, puesto que los príncipes más grandes no hacen otra cosa.

»Esta propuesta fue recibida con la máxima desaprobarción por todo el Consejo. Bolgolam, el almirante, no

pudo mantener su sangre fría. Se levantó enfurecido y dijo que se preguntaba cómo el secretario se atrevía a pedir que se respetara la vida de un traidor. Que los servicios que el Hombre-Montaña había prestado, por todas las verdaderas razones de Estado, constituía un agravante de sus crímenes. La misma fuerza que le había permitido apoderarse de la flota enemiga podía servirle para devolverla al enemigo en cuanto se sintiera descontento y extremista de corazón, y como la traición comienza en el corazón antes de manifestarse claramente en los hechos, insistía en que fuera condenado a muerte.

»El tesorero fue de la misma opinión. Mostró que se estaban reduciendo las rentas de Su Majestad por la carga que significaba mantenerlo a usted, y esto pronto se tornaría insoportable. Añadió que la medida propuesta por el secretario, de sacarle los ojos, lejos de ser un remedio para ese mal lo aumentaría probablemente, como lo demuestra la práctica común de cegar a cierta clase de aves, que después comen más de prisa y engordan más rápidamente.

»Así, Su Sagrada Majestad y el Consejo, que son sus jueces, estaban plenamente convencidos de su culpabilidad, lo que era suficiente para condenarlo a muerte sin las pruebas formales requeridas por la letra estricta de la ley.

»Pero Su Majestad Imperial tenía dudas de ordenar la pena capital. Optó por decir que, puesto que el Consejo creía que la pérdida de los ojos era una pena demasiado suave, se le podían imponer algunas otras más adelante. Su amigo, el secretario, pidió que se le dejara hablar otra vez, y en respuesta a la objeción del tesorero con respecto a la gran carga que significaba para Su Majestad el mantenerlo a usted, dijo que Su Excelencia, que disponía por sí solo de las rentas del emperador, podía fácilmente evitar ese mal disminuyendo poco a poco su asignación, con lo que, por falta de una alimentación suficiente, usted iría debilitándose, perdería el apetito y se consumiría en pocos meses. Luego, una vez que usted falleciera, cinco o seis mil súbditos de Su Majestad podrían, en dos o tres días, quitarle toda la carne de los huesos, transportarla en carros y enterrarla en lugares alejados para evitar infecciones,

dejando el esqueleto como un monumento que admiraría la posteridad.

»Así quedó arreglado el asunto gracias a la gran amistad del secretario. Se ordenó que el proyecto de matarlo de hambre poco a poco fuera mantenido en secreto, pero la pena de perder los ojos fue registrada en los libros, sin que disintiera nadie; excepto Bolgolam, el almirante, quien, obedeciendo en todo a la emperatriz, era constantemente instigado por ella a que pidiera su muerte.

»Dentro de tres días su amigo, el secretario, recibirá la orden de venir a su casa y leerle los artículos de acusación, y luego hacerle presente la gran clemencia y el favor de Su Majestad y del Consejo, gracias a los cuales solo se le condena a la pérdida de los ojos, a lo que Su Majestad no duda que se someterá usted con agradecimiento y humildad. Veinte cirujanos de Su majestad procederán, para que se realice bien la operación, a descargarle flechas muy afiladas en los globos de los ojos estando usted tendido en tierra.

»Usted deberá tomar una decisión y preceder con urgencia para salvarse. Para evitar sospechas, debo regresar inmediatamente con el mismo secreto con que he venido».

Así lo hizo Su Señoría, y yo me quedé solo, con muchas dudas y perplejidades.

Quedé sumido en alarmantes reflexiones. Como no estaba destinado a ser cortesano ni por mi nacimiento ni por educación, juzgaba tan mal las cosas que no podía descubrir el favor en esa sentencia, sino que la consideraba (quizás erróneamente) muy rigurosa. Al principio pensé en defenderme; aunque no podía negar los hechos alegados en los diversos artículos, esperaba que pudieran admitir algún atenuante. Pero como durante mi vida había examinado muchos procesos oficiales y observado que terminaban siempre como convenía a los jueces, no me atrevía a confiar en tan peligrosa decisión en un momento tan crítico y contra enemigos tan poderosos.

Luego pensé que la resistencia, hallándome en libertad, era lo adecuado, ya que resultaría imposible que me pudiera

dominar toda la fuerza de aquel imperio. Por otra parte, podía destruir a pedradas la metrópoli. Rechacé ese proyecto con honor, recordando el juramento que había hecho al emperador, los favores que me dispensó y el alto título de *nardac* que me confirió; además, en esa forma morirían muchos inocentes. No había aprendido aún la malicia de los cortesanos, para convencerme de que la severidad de Su majestad me relevaba de todas las obligaciones anteriores.

Por fin tomé una resolución a la que debo la conservación de los ojos. Impulsado por la urgencia de defenderme y por mi espíritu juvenil, y recordando que contaba con el permiso de Su Majestad Imperial para visitar al emperador de Blefuscu, aproveché la oportunidad, antes de que pasaran los tres días, para enviar una carta a mi amigo el secretario, comunicándole mi decisión de partir aquella misma mañana para Blefuscu.

Sin esperar su respuesta, fui a la parte de la isla en que estaba nuestra flota. Tomé un gran buque de guerra, até un cable a la proa y, después de levar anclas, me desnudé, puse mis ropas juntamente con la frazada (que había llevado bajo

el brazo) en el barco que arrastré tras de mí, en parte vadeando y en parte nadando, y llegué al puerto real de Blefuscu, donde la gente me esperaba desde hacía mucho tiempo.

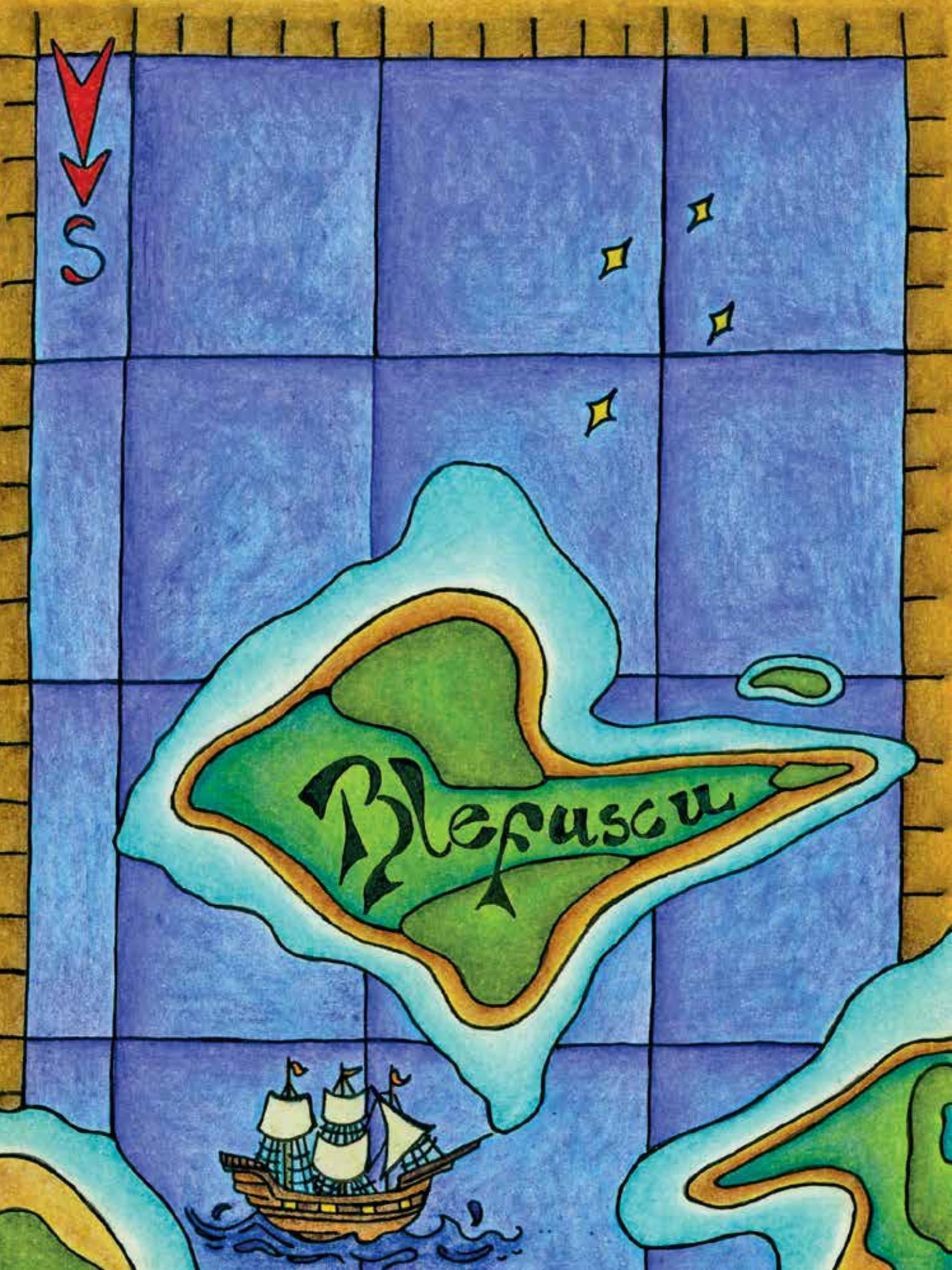
Me enviaron dos guías para que me condujeran a la capital, que tiene el mismo nombre. Los llevé en las manos hasta que llegué a doscientos metros de la puerta, y allí les rogué que anunciaran mi presencia a uno de los ministros y le hicieran saber que esperaba allí las órdenes de Su Majestad.

Alrededor de una hora después me contestaron que Su Majestad, acompañada por la familia real y los altos funcionarios de la corte, salía a recibirme. Avancé un centenar de metros. El emperador y su séquito se apearon de los caballos, la emperatriz y las damas de los coches, y no advertí en ellos temor ni inquietud. Me tendí en tierra para besar la mano de Su Majestad y la de la emperatriz. Dije a Su Majestad que iba de acuerdo con mi promesa y con permiso del emperador, mi señor, para tener el honor de ver a un monarca tan poderoso y ofrecerle cualquier servicio que pudiera, siempre que fuera compatible con mis deberes para con mi propio príncipe.

No le dije una palabra de mi difícil situación, pues no me había sido comunicada oficialmente y podía aparentar que la ignoraba por completo. Tampoco podía pensar razonablemente que el emperador revelara el secreto mientras yo estuviera fuera de su alcance, en lo que, no obstante, pronto se echó de ver que me equivocaba.

No molestaré al lector con el relato detallado de mi recepción en aquella corte, que estuvo de acuerdo con la generosidad y magnificencia de tan gran príncipe. Tampoco hablaré de las dificultades en que me encontré por falta de casa y de cama, lo que me obligó a acostarme en tierra, envuelto en la frazada.





S

Plepuscu

VIII

El autor, gracias a un afortunado accidente, encuentra el modo de salir de Blefuscu, y después de vencer no pocas dificultades, vuelve sano y salvo a su país.

Tres días después de mi llegada caminé, llevado por la curiosidad, a la costa nordeste de la isla, y allí descubrí a una media legua de distancia, en el mar, algo que creí era un bote volcado.

Me quité los zapatos y las medias y, vadeando doscientos o trescientos metros, advertí que el objeto se acercaba arrastrado por la marea. Vi claramente que se trataba de un verdadero bote que, según estimé, podía haber sido arrancado de un barco por alguna tempestad.

Volví de inmediato a la ciudad y pedí a Su Majestad que me prestara veinte de los mayores veleros que le quedaban después de la pérdida de la flota y tres mil marineros a las órdenes del vicealmirante. Esa flota se hizo a la vela bordeando la costa, mientras yo volvía por el camino más corto al punto en que había descubierto el bote; encontré que la marea lo

había acercado aún más. Todos los marineros llevaban cuerdas que yo había trenzado previamente para que fueran muy resistentes.

Cuando llegaron los navíos me desnudé y avancé vadeando hasta que estuve a unos cien metros del bote, después de lo cual me vi obligado a nadar para llegar hasta él. Los marineros me arrojaron el cabo de la cuerda, que até a un agujero en la parte delantera del bote, mientras ellos ataban el otro cabo a un buque de guerra.

Pero vi que toda mi labor no servía para nada, pues, como estaba muy hondo, no podía trabajar. A causa de ello me vi obligado a nadar detrás del bote, empuñándolo con una mano lo más frecuentemente que podía, y como la marea me ayudaba, avancé con tal rapidez que pronto pude tocar fondo y pararme sacando parte del cuerpo fuera del agua.

Descansé por unos minutos y luego di al bote otro empujón, y así continué hasta que el agua no me cubrió sino hasta la cintura; entonces, terminada la parte más difícil, tomé los otros cables que estaban en uno de los barcos, y los até al bote y luego a nueve de los barcos que me

acompañaban. El viento era favorable y los marineros remolcaban y yo empujaba el bote, hasta que llegamos a cuarenta metros de la costa. Esperé a que bajara la marea, fui a pie hasta el bote y, con ayuda de dos mil hombres con cuerdas y máquinas, pude ponerlo de nuevo en posición normal; vi que solo estaba un poco averiado.

No molestaré al lector relatándole las dificultades que tuve que vencer para llevar el bote, con ayuda de un par de remos cuya construcción me llevó diez días, al puerto real de Blefuscu, donde me recibió una gran multitud llena de admiración al ver un barco tan prodigioso. Dije al emperador que mi buena estrella había puesto este bote en mi camino para llevarme a algún lugar desde el que pudiera regresar a mi país natal, y rogué a Su Majestad que diera órdenes para que me facilitaran los materiales con que alistarlo, así como su permiso para partir, lo que se dignó concederme después de hacerme algunas observaciones que estimó necesarias.

Durante todo ese tiempo estuve intrigado al no tener noticias de que nuestro emperador hubiera enviado a la corte

de Blefuscu algún mensaje relacionado conmigo. Más tarde me hicieron saber secretamente que Su Majestad Imperial, como no se imaginaba que yo supiera sus intenciones, creía que había ido a Blefuscu en cumplimiento de mi promesa, de acuerdo con el permiso que me había dado y que conocía la corte, y que regresaría a los pocos días, una vez terminada la ceremonia.

Pero, finalmente, se sintió preocupado por mi larga ausencia, y después de consultar con el tesorero y el resto del Consejo, se despachó a una persona de alto rango con la copia de los artículos contra mí.

Ese enviado tenía instrucciones para exponer al monarca de Blefuscu la gran clemencia de su señor, quien se contentaba con castigarme solo con la pérdida de los ojos. Que yo había huido de la justicia y que, si no regresaba en el término de dos horas, sería despojado del título de nardac y declarado traidor. El enviado agregó que, para mantener la paz y la amistad entre ambos imperios, su señor esperaba que su hermano de Blefuscu ordenaría que me llevaran de vuelta a Liliput, atado de pies y manos, para ser castigado como traidor.

El emperador de Blefuscu se tomó tres días para contestar y luego respondió con muchas cortesías y excusas. Decía que, en cuanto a enviarme atado, su hermano sabía que era imposible, que aunque yo lo había despojado de su flota, me estaba muy agradecido por los muchos favores que le había hecho al concertarse la paz. Sin embargo, ambas majestades podían estar tranquilas, pues yo había encontrado en la costa un navío enorme capaz de llevarme por el mar, que él había ordenado alistar con mi ayuda y dirección, y esperaba que al cabo de unas pocas semanas ambos imperios se verían libres de una carga tan costosa.

Con esta respuesta, el enviado volvió a Liliput y el monarca de Blefuscu me informó de lo ocurrido, y me ofreció al mismo tiempo (pero bajo el más estricto secreto) su protección si quería continuar a su servicio. Aunque lo creía sincero, decidí no volver a poner mi confianza en príncipes ni ministros mientras pudiera evitarlo y, en consecuencia, con todo el reconocimiento debido a sus favorables intenciones, le supliqué sinceramente que me excusara. Le dije que dado que la fortuna, para bien o para mal había puesto un barco

en mi camino, estaba decidido a aventurarme en el océano antes que ser motivo de disputas entre dos monarcas tan poderosos. Vi que el emperador no mostraba el menor disgusto y descubrí, gracias a cierto incidente, que se alegraba mucho de mi decisión, lo mismo que la mayoría de sus ministros.

Estas consideraciones me movieron a apresurar mi partida algo más de lo que me proponía, a lo que contribuyó muy diligentemente la corte, impaciente por tenerme lejos.

Quinientos obreros se dedicaron a hacer dos velas para mi bote. Siguiendo mis instrucciones, unieron para formar una sola, trece de sus paños más fuertes. Me costó mucho hacer cuerdas y cables, trenzando diez, veinte y hasta treinta de los más gruesos y fuertes que tenían. Una gran piedra que encontré por casualidad, después de larga búsqueda en la costa, me sirvió de ancla. Me dieron trescientas vacas para engrasar el bote y para otros usos. Tuve que vencer dificultades increíbles para cortar algunos de los árboles maderables mayores para hacer remos y mástiles, aunque me ayudaron mucho los carpinteros navales de Su Majestad, que contribuyeron a pulirlos y ensamblarlos después de haber hecho yo el trabajo más duro.

Al cabo de un mes, cuando estaba ya preparado, fui a recibir las órdenes de Su Majestad y a despedirme. El emperador y la familia real salieron del palacio. Yo me tendí de bruces para besar su mano, que él me ofreció muy graciosamente, y lo mismo hicieron la emperatriz y los príncipes. Su Majestad me regaló cincuenta bolsas que contenían doscientos sprugs cada una, conjuntamente con su retrato de tamaño natural, que guardé inmediatamente en uno de mis guantes para que no se estropeara.

Las ceremonias de despedida fueron muchas y variadas para que moleste ahora al lector con su relato.

Abastecí el bote con la carne de un centenar de bueyes y trescientas ovejas, pan y bebidas en proporción, y tanta comida ya preparada como pudieron proporcionarme cuatrocientos cocineros. Llevé conmigo seis vacas y dos toros vivos, con otros tantos carneros y ovejas, con el propósito de conducirlos a mi país y propagar la especie. Y para alimentarlos a bordo contaba con un buen haz de heno y un saco de trigo. Habría llevado de buena gana una docena de naturales del país, pero eso fue algo que el emperador no quiso permitir

de ningún modo. Además, ordenó que revisaran cuidadosamente mis bolsillos. Su Majestad me hizo prometer, bajo palabra de honor, que no llevaría a ninguno de sus súbditos, ni siquiera con su consentimiento y deseo.

Habiendo preparado así todo de la mejor forma que pude, me di a la vela el 24 de septiembre de 1701, a las seis de la mañana. Cuando había navegado unos dieciocho kilómetros hacia el Norte, con viento del Sudeste, a las seis de la tarde, divisé una islita a una media legua al Noroeste. Seguí adelante y eché el ancla a sotavento de la isla, que parecía deshabitada. Tomé algún alimento y me dispuse a descansar. Dormí bien, supongo que por lo menos seis horas, pues amaneció a las dos horas de haberme despertado.

Era una noche clara. Tomé mi desayuno antes de que saliera el sol. Luego levé anclas, con viento favorable, y seguí el mismo rumbo del día anterior, orientándome por mi brújula de bolsillo. Mi propósito era llegar, de ser posible, a una de las islas que, según tenía motivos para creer, se hallan al nordeste de la tierra de Van Diemen.

Nada descubrí en todo aquel día, pero al siguiente, a eso de las tres de la tarde, cuando según mis cálculos había navegado ciento diez kilómetros desde Blefuscu, divisé un barco de vela que navegaba hacia el Sudeste. Yo viajaba hacia el Este. Le grité, pero no obtuve respuesta; sin embargo, vi que lo alcanzaba, pues el viento disminuía. Tendí las velas cuanto pude y a la media hora me vio, enarboló su enseña y disparó un cañonazo.

No es fácil expresar la alegría que sentí ante la imprevista esperanza de volver a ver a mi amada patria y a los seres queridos que en ella había dejado. El barco aflojó velas y yo lo alcancé entre las cinco y las seis de la tarde del 26 de septiembre. El corazón me latía fuertemente al ver su bandera inglesa. Metí mis vacas y mis ovejas en los bolsillos de la casaca y subí a bordo con todo mi pequeño cargamento de provisiones.

El navío era un barco mercante inglés que volvía del Japón por los mares del Norte y el Sur, y su capitán, el señor John Biddel, de Deptford, marino excelente y hombre muy cortés. Nos hallábamos a la sazón a los 30 grados de latitud

Sur. Lo tripulaban unos cincuenta hombres y encontré allí a un viejo camarada mío, un tal Peter Williams, que me recomendó al capitán.

Este caballero me trató con bondad, y me rogó que le contara de qué lugar venía y adónde me dirigía, lo que hice en pocas palabras. Él creyó que deliraba y que los peligros corridos me habían trastornado el juicio. En vista de ello, saqué del bolsillo el ganado vacuno y ovino el cual, después de asombrarlo mucho, lo convenció completamente de mi veracidad. Luego le mostré el oro que me había dado el emperador de Blefuscu, así como el retrato de tamaño natural de Su Majestad y algunas otras curiosidades de aquel país. Le di dos bolsas de doscientos *sprugs* cada una y le prometí que, cuando llegáramos a Inglaterra, le regalaría una vaca y una oveja con crías.

No molestaré al lector con los pormenores de este viaje, que fue muy grato en todo el trayecto. Llegamos a los Downs el 13 de abril de 1702. Solo tuve una desgracia: las ratas de a bordo me comieron una oveja. Encontré sus huesos en un agujero, completamente limpios. Al resto del

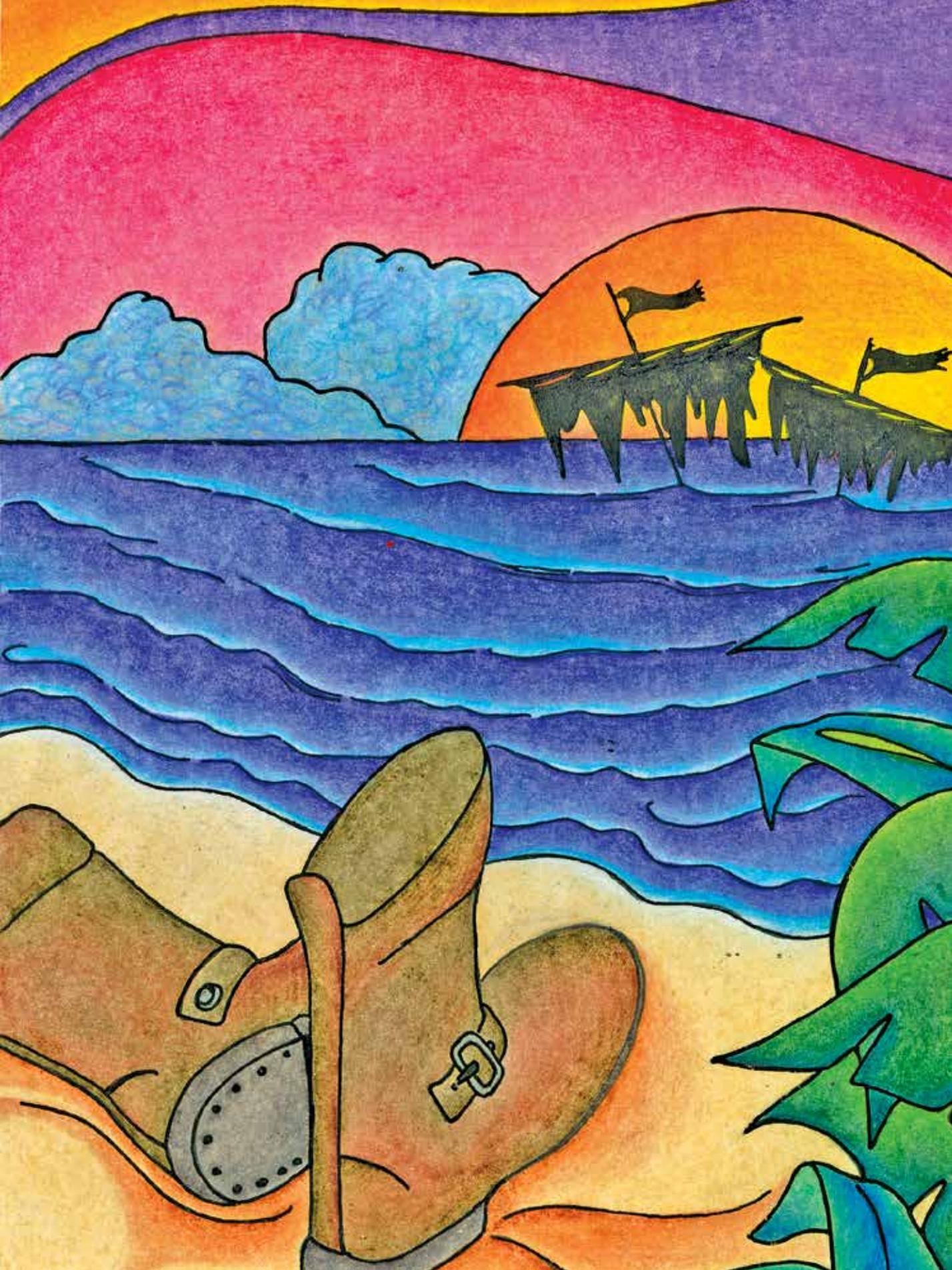
ganado lo saqué salvo a tierra y lo hice pastar en un césped de Greenwich, donde la finura de la hierba hizo que comiera muy a gusto, aunque yo temía lo contrario.

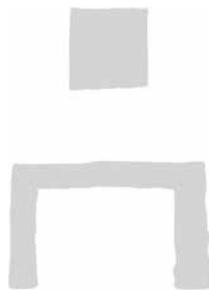
No me habría sido posible conservar a esos animales durante un viaje tan largo, si el capitán no me hubiera cedido parte de sus mejores galletas, las que, reducidas a polvo y mezcladas con agua, fue el constante alimento de mi pequeño ganado.

Durante el poco tiempo que permanecí en Inglaterra, obtuve un provecho considerable mostrando mis pequeños animales a numerosas personas importantes. Antes de iniciar mi segundo viaje los vendí por seiscientas libras. Desde mi último regreso he visto que la especie ha aumentado considerablemente, sobre todo la ovina, y espero que ello redundará en ventaja de la manufactura de lana a causa de la finura del vellón.

Solo estuve dos meses con mi esposa y mis hijos, pues mi insaciable deseo de ver países extraños no me permitió quedarme más tiempo.

Dejé a mi esposa mil quinientas libras y la instalé en una buena casa de Redriff. Llevé conmigo el resto de mis bienes, parte en dinero y parte en mercaderías, con la esperanza de mejorar mi fortuna. El mayor de mis tíos, Juan, me había dejado cerca de Epping una propiedad que producía treinta libras anuales, y tenía en Fetter Lane un arrendamiento que me producía otro tanto, de modo que no corría peligro alguno de dejar a mi familia desamparada. Mi hijo Juanito, llamado así por su tío, iba a la escuela primaria y era todavía un niño. Mi hija Betty (que ahora está casada y tiene hijos) se dedicaba entonces a aprender la costura. Me despedí de mi esposa, mi hijo y mi hija, con lágrimas por ambas partes, y me embarqué en el *Aventure*, barco mercante de trescientas toneladas que se dirigía a Surat al mando del capitán John Nicholas, de Liverpool. Pero la relación de esta aventura corresponde a la segunda parte de mis viajes.





EDICIÓN DIGITAL
MAYO DE 2016
CARACAS · VENEZUELA.

Viaje de Gulliver a Liliput

¿Imaginas llegar a un país de gentes que midieran quince centímetros, que te amarraran entre muchos y te hablaran en una lengua que no conoces?, pues eso mismo le sucedió a Gulliver, quien naufragó durante algunas largas horas; cuando alcanzó la costa, tras desmayarse un rato, se descubrió fuertemente sujetado y a merced de los particulares nativos de aquel lugar. Era que había llegado a Liliput, país en el que todo era de pequeñas dimensiones (desde nuestra perspectiva, claro), porque otra forma de decir la verdad es que un día cualquiera, a las orillas de un tranquilo país, arribó un terrible gigante que al poco tiempo de pisar tierra se desplomó y ante el espasmo de todos los habitantes, unos cuantos valientes se atrevieron a inmovilizarlo con cuerdas, pues solo un manotazo de aquel descomunal habría hecho volar a más de quince hombres bien parados. Sea el lector quien determine la mejor mirada para entender el extraño episodio.

JONATHAN SWIFT (IRLANDA, 1667-1745)

Escritor satírico. Su obra más conocida es *Los viajes de Gulliver*, compuesta por cuatro partes: "Viaje a Liliput"; "Viaje a Brodingnag"; "Viaje a Lupata, a los Banibarbas, a Glubbudubdrib, a Luggnagg y al Japón" y "Viaje al país de los Houyhnhnms". Sobrellevó su niñez en medio de una marcada pobreza, estudió en el Trinity Collage de su ciudad natal. En 1689 se trasladó a Moor Park para trabajar como secretario del político inglés sir William Temple. En 1694 volvió a Irlanda para ingresar a la iglesia. Murió en 1745, disponiendo que se construyera a sus expensas un manicomio. Muchos analistas consideran a Swift uno de los precursores más importantes del pensamiento anarquista, esto se debe principalmente a su novela *Los viajes de Gulliver*.

HANNEKE WAGENAAR (WAGENINGEN, HOLANDA, 1963)

Fotógrafa, diseñadora, promotora cultural, escritora, traductora, ilustradora e investigadora. Articulista en la revista ambiental *Red Planeta Tierra*, *La Mancha Impresa* y *A Plena Voz*. Sus ilustraciones han aparecido en *Makunaima en el valle de los Kanaimas* (2000) de Lino Figueroa y *Red Planeta Tierra* del Ministerio del Poder Popular para el Ambiente. Es autora de la monografía *Fray Cesáreo de Armellada* (2009) y por nuestra casa editorial de *Pandón Ekamanin* (Cuentacuentos), que también ilustró. Ha realizado trabajos de investigación de campo sobre la etnia Pemón Kamarakoto y la creación de títeres en la misma comunidad en el valle de Kamarata (estado Bolívar).

